



CHILE
EN
LA RABIDA

FIESTAS DE LA RAZA DE 1919

Ref. 16055

29

RABIDA
chi

Registro Nº R. 36130

BIBLIOTECA
SEDE IBEROAMERICANA
UNIA

CHILE EN LA RABIDA

(FIESTAS DE LA RAZA DE 1919)



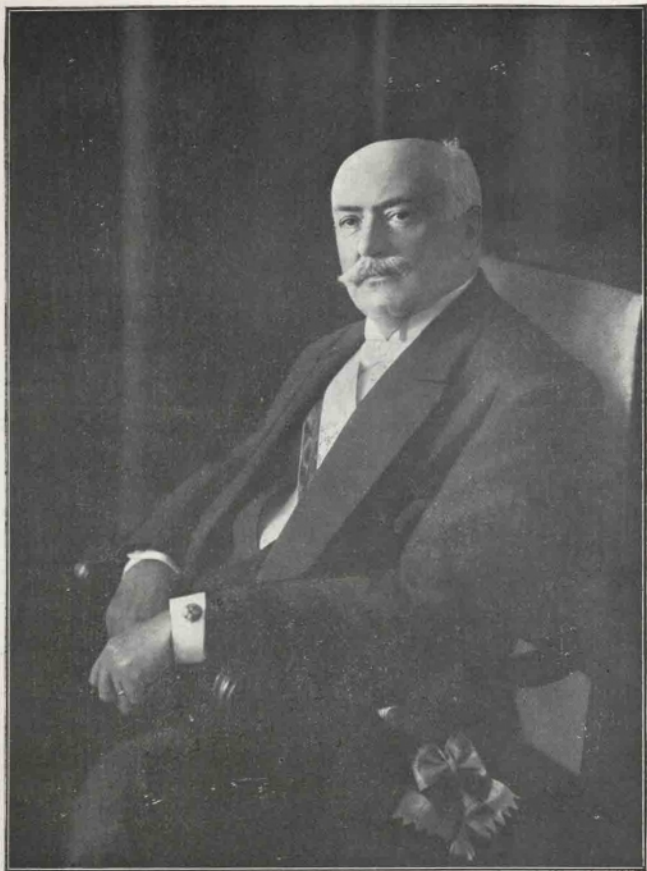


CHILE EN LA RABIDA

(FIESTAS DE LA RAZA DE 1919)



Imp. de Juan Puéyo.
Luna, 29.—Madrid



S. E. El Presidente de la República de Chile, Excmo. Sr. D. Juan Luis Sanfuentes.

UN puñado de chilenos con un jefe de méritos y talentos, venidos desde su lejano país, en santa peregrinación, a los lugares colómbinos para depositar en la Rábida una ofrenda de amor al hecho más grande de la historia de España, y, por otra parte, un pueblo entero que abre su corazón y derrama el tesoro de todos los hidalgos sentimientos de su raza, son la síntesis emocional que ha creado una jornada de triunfo desarrollada en una modesta provincia andaluza, pero grande en las creaciones de su pasado y segura en sus orientaciones al porvenir.

La concepción ideológica del día de la raza evoluciona lenta y seguramente hacia el terreno de los resultados prácticos. Esta idea de paz, esta fiesta de amor, hace que en un día del año se vuelvan hacia España las miradas amorosas de las veinte naciones que alimentaron su niñez en el seno de su civilización. El amor es la suprema concepción de la verdad, ante la cual se han estrellado siempre, como contra un muro, todos los convencionalismos humanos. Una idea o concepto verdad ha triunfado y triunfará siempre: el día de la raza llegará a ser la fiesta que reúna todas las excelencias del alma española, aunque fría sea la época que transcurra hasta que la idea se adueñe de los cálculos cerebrales y sea el sentimiento que aúne los corazones.

Los que hemos asistido a las fiestas de Huelva comprendemos la positiva realidad de este ensueño de los visionarios de la raza. Es una fiesta única que todo lo reúne: tiene los encantos de la intimidad familiar, concibe los cálculos de las verdades económicas, fortalece las energías presentes con la grandeza única de un pasado suyo, borra las animosidades naturales agrupando pueblos en un sentimiento co-

mún de paz y de concordia, es una fiesta que es pasado, presente y porvenir, fiesta que es amor y previsión, cerebro y corazón, fiesta que reúne a ochenta millones de hombres dispersos por el mundo por falta de la idea que les marque la senda de la reconquista de un pasado en que sólo habrá de nuevo el sol purísimo de las verdades sociales de la democracia moderna.

Y en la compenetración de los principios de este torneo de afectos populares, me enorgullece ver el nombre de Chile escrito en primer término, en el sitio mismo en que los desfallecimientos de Colón encontraron, en gesto sublime, el apoyo de los Pinzones y el consejo y la ayuda de los Marchena. Aun modestamente restaurada la Rábida, pero frescas y volviendo a ver la luz del día las auténticas decoraciones de sus compartimientos, intactas todavía las pinturas que el agradecimiento de Colón dejara en el recinto del convento, se inscribe en aquellos muros, respetados por los siglos, el nombre de Chile, que, siendo llamado el país guerrero de la América, es el primero en abrazar la idea de unión escalando el montículo que corona el viejo convento, consagrado templo de la raza. Si el alma chilena se estremece ante las vibraciones del clarín de guerra, pone en cambio toda su energía en la unificación al amparo de los afectos de la madre común.

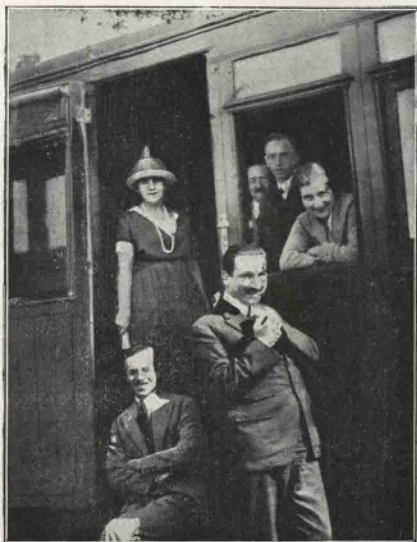
Por determinación del Excmo. Sr. D. Joaquín Fernández Blanco, Ministro de Chile en España, se ha colocado en el convento de la Rábida una placa conmemorativa que debe perpetuar el homenaje que la nación chilena hace en las fiestas de la Raza de 1919 a los insignes navegantes de la titánica epopeya del descubrimiento de América.

Por feliz coincidencia se ha encontrado en España por esta misma época el eminente político y distinguido hombre público chileno don Eliodoro Yáñez. La alta personalidad del señor Yáñez, su cultura y su talento reconocidos, sus condiciones de profunda simpatía personal y la influencia que tiene en los negocios públicos del país, fueron condiciones que hicieron pensar al señor Ministro Fernández Blanco en la designación de una Misión especial que hiciera entrega de la ofrenda hecha en nombre de Chile, para dar la mayor importancia posible a las fiestas de Huelva y ofrecer al señor Yáñez un momento en que, mos-

trando sus virtudes, transformara simpatías en afectos y proyectos en realidades.

Y formaron la Misión:

Don Eliodoro Yáñez, Senador de la República y Consejero de Estado, como Presidente de ella, a quien la gentileza española rindió honores y tributó homenajes de Embajador especial; D. Miguel Eche-



En viaje á Huelva

nique; D. Cesáreo Alvarez de la Rivera, segundo Secretario de la Legación de Chile en Madrid; el doctor D. José S. Salas, cirujano 1.º del Ejército de Chile, en comisión en España; D. Raimundo Ortúzar, Secretario del señor Yáñez, y el periodista chileno don José María Raposo. Completaban el conjunto damas de la distinción de doña Martina Barros de Orrego Luco, de doña Matilde Schmidt de Alvarez de

la Rivera y de doña Sofía Claro de Raposo y de las señoritas Luisa y Gabriela Yáñez Bianchi.

La gentileza del señor Ministro dió a la representación chilena dos primeras figuras del mundo intelectual, político y social de nuestro país. La presencia del señor Yáñez y de la señora Barros de Orrego presagiaban un éxito que después vimos confirmado en la forma más completa.

El estallido de las manifestaciones populares, las jiras de triunfo por los pueblos vecinos de Palos y Moguer, la total asistencia de las autoridades civiles y militares, de la alta magistratura y de las grandes personalidades de la provincia a las distintas fiestas que formaban el programa, los mil detalles de delicadeza infinita que enumeraremos en seguida, las flores y conceptos de la oratoria onubense que se prodigaba abierta y sincera, tocaron en lo más íntimo los sentimientos de la Misión, en forma que el señor Yáñez, en uno de sus discursos, no pudo menos que declarar que la lengua de Cervantes y de Calderón carecía del vocablo que tradujera con suficiente exactitud lo que en aquellos momentos sentíamos por las manifestaciones de que era objeto nuestro país. Aunque parezca un tanto exagerada la expresión, analizada en la frialdad de la distancia, fué cierta y sentida en aquellos momentos en que el nombre de Chile era pronunciado por una provincia entera con un cariño en que nada convencional y ficticio pudiera turbar su verdad. Es que en Huelva las cosas de América se conocen en mejor forma que en el resto de España. Es que allí está escrita en sus monumentos la gestación sublime del descubrimiento de América y de épicas epopeyas posteriores. Es que allí está la obra de la Sociedad Colombina, cuyos miembros repartidos en todas las actividades de la vida colectiva han llevado a la conciencia del niño y del ciudadano el convencimiento del valer hispano americano, y, por qué no decirlo, del sincero afecto de Chile por la vieja patria española, cuyas manifestaciones de cariño repercuten en este pedazo de la Península con la sincera emoción de sentimientos correspondidos.

¿Puede haber ficción en un pueblo que entona el himno nacional del lejano país de los Andes como un canto de amor de su terruño? ¿Qué soplo de egoísmo puede animar a los tres mil pequeños de las

escuelas de Huelva que al pasar bajo el balcón del Embajador de Chile agitan en sus manecitas la bandera tricolor del país-amigo, del país que han aprendido a querer? ¿Qué persigue la población, rústica y sincera, del histórico pueblo de Palos, que corre en entusiasmo delirante a la iglesia del pueblo llevando en brazos a los enviados del Chile lejano para dar gracias a Dios y a su Virgen de los Milagros por el arribo de los mensajeros de amor filial, mientras las campanas echadas a vuelo y el estallido de los cohetes y petardos llenan el ambiente de alegría? ¡Ahí está!, grita una voz dentro del templo; ahí tenéis el púlpito en que se leyeron las pragmáticas de los Reyes Católicos resolviendo la partida de Colón! Y parece que el eco lejano repitiera: ¡Ahí está el principio de vuestra existencia y el comienzo de nuestra gloria...! ¿Puede haber mentira de sentimientos en las frases pronunciadas por veinte muchachas, frescas y montaraces como los lirios de su tierra, que rodean a Luisita Yáñez para decirla con el simpático acento regional: ¡Olé por tu gracia; eres más guapa que todas nosotras! ¡Frase en bocas femeninas que dice más que un tratado! ¿Qué soplo es este que no sólo conmueve a la población entera de Moguer, sino que traspasa los muros del Convento de Santa Clara, alterando la tranquilidad silenciosa de sus virtuosas enclaustradas, que abren las puertas de su retiro para mostrar a los visitantes el tesoro de historia que custodian y ofrecerlo como sitio elegido del abrazo sincero que se dan los hijos de aquel pueblo y los peregrinos del afecto?

Ese soplo, esa verdad de sentimientos, ese cariño sin ficciones, eso que reúne a grandes y chicos en la misma agitación de entusiasmos, es la chispa que salta de la verdad de un sentimiento que sólo ha necesitado la ocasión para encender los corazones, el momento en que los hijos vienen por el beso de la madre en el mismo histórico solar de su pasado.

A medio día del 15 de Octubre llegaba a Huelva la Misión chilena, en un coche especial de Gobierno, ofrecido por el Ministerio de Estado. Aquel momento fué para los chilenos de una ternura incomparable, porque tocó intensamente sus patrios sentimientos. Un público numerosísimo llenaba los andenes interiores y exteriores de la estación; en

los balcones y terrazas de los alrededores divisábamos verdaderas masas humanas, y una armonía de vítores y aplausos arrancó del ambiente de aquella aglomeración de gentes de buena voluntad cuando el tren se hubo detenido y la persona del Embajador Yáñez apareció en la plataforma del coche especial. El himno chileno, ejecutado por la Banda Municipal, y la Marcha de Infantes por los tambores y clarines de la Compañía del Regimiento de Soria, que rendía honores, llenaron el espacio de notas de un halago único para los recién llegados. El señor Yáñez revista las tropas en compañía de las autoridades correspondientes y es saludado por Huelva entero en representantes de todas sus actividades. Las señoras de Roqueta, Marchena y Cádiz y las señoritas Soledad Marchena y Nieves Lossada obsequian a las damas chilenas con hermosos ramos de flores adornados con cintas de los colores nacionales de Chile y España.

Entre las autoridades y numerosas personalidades que se congregaron en la estación, no olvidaremos haber conocido las siguientes:

Gobernador civil, señor Picamil; Delegado de Hacienda, señor Basarán; Director de Sanidad exterior, señor Roig; Presidente de la Academia de Música, señor Cádiz Serrano; Presidente del Círculo Mercantil, señor Muñoz Pérez, y Vicepresidente, señor Bel; Presidente del Centro de Instrucción Comercial, señor de la Corte Gutiérrez; Delegado Regio de primera enseñanza, señor Garrido Perelló.

Director del Instituto, señor Cruz de Fuentes, y Catedrático, señor Fernández Alvarado; Director de la Escuela Normal, señor García y García (D. J.), y Profesores, señores Fernández de los Reyes y Aldea; Ingeniero Fiel Contraste, señor Solá; Ingenieros del Puerto, señores Montenegro y Albelda; Ingeniero Agrónomo, señor Huerta.

Presidente de la Audiencia, señor de Velasco; Magistrados, señores Bonilla y Alvarez Feria; Fiscal de S. M., interino, señor Mendigutía.

Alcalde, señor Morano, y Concejales, señores Vázquez de la Corte y Silván.

Del Cuerpo Consular, el Cónsul de Francia y Rusia, señor Marchal; el de Bolivia, señor Díaz, y los Cónsules de Chile, Portugal y Colombia.

Secretario del Ilustre Colegio de Abogados, señor Cano, y Aboga-

do, señor Toledo; segundo Jefe de Telégrafos, señor Hidalgo; Ingeniero de Minas, señor Avecilla; doctores, Vázquez Pérez, Coto y Buendía Manzano.

Vistas de Aduana, señores Maraver, Baleriola y Marqués de Rivera; Subjefe de la cárcel, señor Pérez Blanco.

Director de la Escuela Francesa, señor Barbotín; Arquitecto municipal, señor Pérez Carassa. Por la Colombina, el Presidente, señor Marchena Colombo, y los señores Domínguez Roqueta, Siurot, De Gregorio, Ruiz Marchena, Bartolezzi y otros muchos señores socios.

Del elemento militar, el Gobernador, señor Andrade Chinchilla, y su Capitán-secretario, señor Del Brío; Teniente Coronel del Regimiento de Soria, señor Gamir; Capitán de la Zona, don Antonio González; Tenientes, don Ramón González y don Agustín Manzanedo.

Médicos militares, señores Conradi y Sánchez; Capitán de Infantería, señor Aldayturriaga.

Teniente Coronel de Carabineros, señor Serván; Comandante, señor del Saz; Capitanes, señores Burgos y Feria y Teniente, señor García-

Comandante de Marina, señor Cruz; Teniente de navío señor Noval; Comandante del cañonero *Delfín*, señor Estrada; Teniente Coronel de la Guardia civil, señor Rey; Comandante, señor Lozano y Teniente señor Tojal.

Arcipreste, señor Muñoz Espinosa; Capellán de la cárcel, señor Jiménez, y Presbíteros señores Sánchez Santiago, Pérez Reyna y Pérez Cruz.

Entre las personalidades que acudieron a la estación figuraba también la distinguida señora de Walter, esposa del propietario del *Times*, Mr. John Walter, que vino en representación de la socia honoraria de la Colombina, señora de Whishaw; la cual se encontraba en Niebla algo delicada de salud. La señora de Walter hizo el viaje de Madrid expresamente con dicho objeto.

En la plazuela de la estación las tropas desfilaron ante el Embajador y autoridades, dejándose oír el ¡viva el Rey! que mandan los oficiales al rendir honores. Las fuerzas eran mandadas por el Capitán señor Salas, los Tenientes señores Hermosa y Aranda y el Alférez señor Muñoz.

En la grata compañía de nuestros primeros amigos atravesamos la ciudad, recibiendo en todas partes las mismas manifestaciones de simpatía y observando las colgadas y reposteros que vestían la ciudad con el ropaje de sus grandes días de fiesta. Fuimos hospedados en el Hotel Internacional y se siguió un almuerzo íntimo en compañía de algunas autoridades.

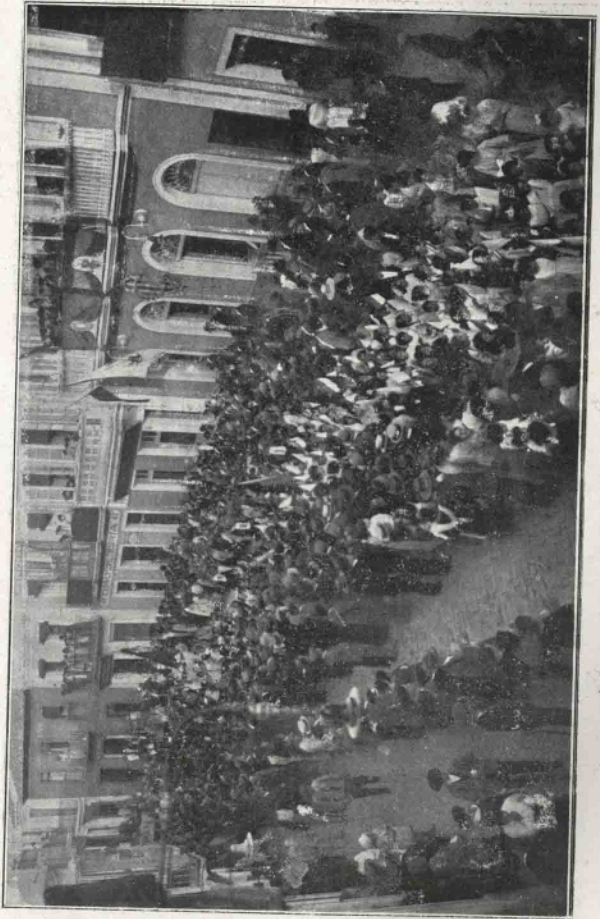
Debe decirse que desde este momento éramos huéspedes de Huelva y se daba comienzo al programa de las fiestas que perdurarían por largo tiempo en la memoria de los que tuvieron la suerte de recibir las en representación de su país, no sólo por la magnificencia de ellas mismas y el alcance de otro orden que puedan tener, sino muy especialmente porque en aquella ocasión se mostraron simpatías y se desarrollaron afectos que será muy difícil borrar cuando tienen la sinceridad con que los vimos engendrarse. ¡Hay amistades tan cortas y que dejan en el alma huellas tan profundas!

Huelva, este pueblo que fué la cuna del Descubrimiento, de esa epopeya la más grande que vieron los siglos, ha recibido con emoción intensa, decía la prensa del día, a los nobles emisarios que llegan de Chile para tributar un cariñoso homenaje a los descubridores de las tierras americanas. Vienen a depositar en la Rábida el recuerdo cariñoso que dedica la gratitud al genio de la Raza. Son ellos mensajeros de amor. ¿Cómo no saludarles con el corazón henchido de emoción y con los ojos anublados por las lágrimas?

¡Bienvenidos sean a esta hidalga tierra de Huelva esos hermanos nuestros, esos hijos espirituales de España, tan generosa como grande y heroica!

El desfile de las escuelas

Una gran manifestación escolar se celebró, con extraordinaria brillantez, en la tarde misma de nuestra llegada. Desde antes de las tres empezaron a llegar a la plaza de las Monjas todos los alumnos de las escuelas nacionales, municipales, subvencionadas y particulares. Los maestros y maestras de dichas escuelas se colocaron al frente de sus



El desfile de las escuelas

discípulos y poco después de las cuatro se organizó la manifestación, al frente de la cual marchaba la banda municipal tocando alegres pasodobles.

La Misión chilena presenció el desfile desde los balcones de la residencia del Consulado de Chile. Allí recibió el señor Yáñez el saludo y ofrecimiento de la fiesta por la Presidencia de la manifestación, compuesta por el Arcipreste, D. Miguel Muñoz; el Director del Instituto, D. Lorenzo Cruz de Fuentes; el Director de la Escuela Normal, D. José García y García; el Delegado de Primera enseñanza, D. Pedro Garrido Perelló, y el Inspector provincial, señor Siles.

Venían en primer término las niñas de las Escuelas de San Vicente de Paúl, del Santo Angel, Esperanza y de las Escuelas nacionales y municipales.

Las de la Escuela de la Sagrada Familia llamaron justamente la atención. A ambos lados de la portadora de la bandera, una preciosa rubia ataviada con un lujoso traje de terciopelo negro, iban dos chiquitinas monísimas, representando a España y a la República de Chile, vestidas con lujosos trajes, formados con las respectivas banderas nacionales.

El público acogió el paso de las niñas con nutridas ovaciones, y e entusiasmo fué inmenso cuando las hermosas pequeñas que representaban a Chile y España subieron a los departamentos del Embajador para entregar un ramo de flores a una de sus hijas y decir al representante de Chile: «Señor: decid a las niñas de Chile que las niñas de España las quieren como hermanas y las envían un beso lleno de cariño».

Vi rodar lágrimas de intensa emoción por las mejillas del señor Yáñez, que colmó de caricias a las pequeñas mensajeras y selló con un beso al pabellón de España la expresión de su gratitud.

También merecieron especial mención la Escuela del Santo Angel y de la Esperanza.

Las niñas desfilaron con el mayor orden por las calles del itinerario, provocando la admiración del numeroso público que, estacionado en las aceras, presenciaba el paso de la manifestación.

Tras las niñas iban los alumnos de todas las escuelas; todos, igual que ellas, llevaban banderitas españolas y chilenas que agitaban con entusiasmo.

Seguían a los pequeños escolares los alumnos de la Escuela Normal, con su estandarte, cerrando la marcha los del Instituto General y Técnico, también con el estandarte de dicho Centro.

La comitiva recorrió las calles General Bernal, Palacios, Concepción, Placeta, General H. Pinzón, llegando a la Plaza del Doce de Octubre, donde se disolvió la manifestación a los acordes de la *Marcha Real* y del *Himno chileno*, y entre vivas a España y América y a la República de Chile.

Corría por las calles de Huelva el coro de voces infantiles que había saludado el nombre de Chile, aumentando en nosotros la emoción a medida que la suavidad creciente del eco lejano de aquel bullicio de inocentes daba al momento delicadezas y ternuras infinitas: es que el grito de aquellos corazones puros como el azul transparente de su cielo andaluz, es que el aliento de sus pechos henchidos de verdad, ascendía por las tapias y balcones floridos del pueblo para igualarse en lo alto al sentimiento inmaculado de los ángeles niños y caer sobre nosotros como divinos efluvios creadores de mística emoción.

**En casa del Cónsul de Chile
y Presidente de la Socie-
dad Colombina, señor Mar-
chena Colombo.**

Los momentos agradables se sucedían sin interrupción. Principábamos a penetrar en el fondo del alma andaluza y comprender sus virtudes, sus generosidades, sus ternuras y sus sinceridades. El señor Marchena Colombo nos ofrecía una simpática oportunidad. La reunión íntima realizada en su casa, que siguió al desfile infantil, fué uno de esos momentos fugaces, si se quiere, pero gratísimos por lo que en ellos recogimos. Nunca olvidaremos el embeleso que se nos hizo sentir con la verdadera copla y la danza andaluzas, esas dos concepciones sublimes del flamenquismo, mezcla de místico y de profano, de grito de alma y convulsión de carnes, concepciones inspiradoras de Romero

de Torres y de una de las más hermosas filigranas de ideas que haya escrito Siurot. Y me parecía oír al mago onubense del verbo que frunce el ceño, toma su asiento entre los dioses y perfila la copla con el buril de su inspiración alada cual vilano de cardo de mi tierra, aventurero y afectuoso, que se embriaga en el perfume de una rosa, como roba sus alas a los cóndores para beber pureza de las nieves y llegar, redimido de la tierra, al eterno azul donde están sus ideales hechos astros!

«Al principio es un grito sonoro, enérgico, prolongado; de repente se corta para precipitarse en una cadencia que tiene ángulos entrantes y salientes como los ladrillos de un arco mudéjar; la letra es un renglón de esperanza. Ya está en el aire la segunda frase: trae una música viril y enamorada; se han dado cita en sus ondulaciones, para mecerse en ellas, recuerdos gregorianos y nostalgias moriscas; hay un leve silencio, y concluye este verso musical con una interrogación que se queda en el aire; la letra es un renglón de melancolía. En la tercera frase de la copla, la música tiembla con lágrimas de sonidos y caricias ardientes; la letra es un renglón de amor. Y como si el que canta no tuviera bastante y quisiera sentir más y decir más, echa fuera todos los calores de su alma en un arranque supremo, repetición de los versos de la melancolía y el amor. La copla nació a flor de tierra, se subió por los fiecos del mantón de la tapia, se perfumó en el jardín, voló como los pájaros al cielo, y cuando se bañó en el ambiente de lo azul y lo infinito y se hubo mirado en las pupilas de oro de las estrellas de la noche, estremeció su triunfo sobre la somnolencia de Sevilla y vino a caer sobre los espíritus enamorados como un suspiro de mi santa madre Andalucía.»

El jerez de honor.

Del Consulado nos dirigimos al Centro de Instrucción para asistir al jerez de honor que se efectuaba en homenaje nuestro. La llegada de la Misión fué saludada con los aplausos y manifestaciones de siempre:

por numeroso pueblo estacionado en el trayecto. La sala principal del Centro se encontraba engalanada con hermosas guirnaldas de luces y flores. En el testero del salón se ostentaba una hermosa alegoría colombina con el retrato de S. M. Don Alfonso XIII rodeado de las banderas de Chile y España.

A la llegada del señor Yáñez, la orquesta colocada en el interior del edificio, y la banda municipal, situada en la terraza exterior, rompieron con los acordes del *Himno Nacional de Chile*, ejecutando en seguida la *Marcha Real*. Los salones del Centro se veían completamente llenos. La presencia de las autoridades, de personalidades de todo orden, de miembros del Ejército y Armada, y especialmente de numerosas damas de la buena sociedad onubense, daban a la fiesta una distinción especial.

Presidía la mesa principal el Embajador, señor Yáñez, el cual tenía a su derecha al Presidente del Círculo, señor De la Corte Gutiérrez; a los Gobernadores civil y militar, señores Picamill y Andrade, y, a su izquierda, al Comandante de Marina, señor Oruz, y al Delegado de Hacienda, señor Bascarán.

Seguía en colocación preferente la señora Barros de Orego Luco, que principiaba a recibir las atenciones y homenajes que su talento y su cultura saben encontrar en todos sitios.

Inició los brindis el señor De la Corte Gutiérrez, quien en sentidas frases ofreció el agasajo a los chilenos y las distinguidas damas que les acompañaban, tributando un delicado homenaje a S. E. el Presidente de la República de Chile.

Habló después el Embajador chileno, señor Yáñez, quien con brillante y elocuente palabra agradeció el agasajo y las atenciones de que habíamos sido objeto desde la llegada, y terminó levantando su copa por Don Alfonso XIII, digno sucesor de los soberanos de Castilla.

El señor Marchena dedicó un hermoso canto a las mujeres chilenas, elogiando después el patriotismo del Centro Comercial, al que calificó de la Casa de Huelva.

El Gobernador civil, señor Picamill, pronunció un elocuente discurso cantando a la Raza, a la mujer chilena y española, las más bellas, las más santas, las más cariñosas y adorables de todas las mujeres

Expuso la necesidad de establecer en la Rábida una Biblioteca hispano - americana, donde todos pudieran estudiar las glorias de la Raza.

También abogó por el establecimiento en el augusto cenobio de un cuartel de inválidos de la Armada, o un Colegio de huérfanos del mismo Cuerpo.

Por último habló el periodista chileno don José María Raposo, que expuso su agradecimiento por las manifestaciones recibidas, haciendo un delicado recuerdo del hermoso desfile escolar.

La manifestación ofrecida por el Centro de Instrucción Comercial resultó una fiesta delicada hecha con distinción y en que se hizo derroche de atenciones. Con razón se decía que este hogar de Huelva, puesto a nuestra disposición por el señor Presidente del Centro en las gentiles frases de su ofrecimiento, era siempre el primero en asociarse y participar de la vida espiritual de la ciudad.

Pasado las ocho de la noche se retiró el señor Yáñez y su comitiva, siendo saludados nuevamente con los himnos nacionales y estrepitosas ovaciones.

El baile del Círculo.

La primera institución social de Huelva abrió sus salones en honor de los chilenos, en la noche misma de su llegada, para ofrecer un baile andaluz.

Cuanto se pondere por nosotros la brillantez de aquella reunión, no será aún exacta verdad ante la serie de impresiones de belleza estética y ante las continuadas sorpresas emotivas que producen los calores del alma andaluza vaciados en sus fiestas.

El salón de baile había sido transformado en un patio andaluz. Lo más distinguido de la sociedad onubense se dió cita en los salones del Círculo para dar, con el contingente de sus encantos, toda la magnificencia y distinción posible a la simpática reunión. Inútil e imposible es recordar nombres: todo lo que Huelva tiene estaba allí.

Aquel conjunto nos trajo la caricia de un recuerdo lejano. Entrá-

bamos a vivir algo leído, conocido muchas veces al través de la distancia, e instintivamente buscamos el fondo de la Giralda y el alma del Guadalquivir escapada en el perfume de sus rosas riberañas. La sala, esplendorosa de luz, lucía artísticos y caprichosos arreglos de guirnaldas de flores y en su parte alta alegre constelación de farolillos venecianos simulaban un firmamento policromado y fantástico. Por todas partes hermosos trofeos mostraban los escudos de Chile y España unidos con mirtos y olivares de la Rábida. Y por sobre toda aquella belleza simbólica se destacaba el alma perfumada de Andalucía, que arrancaba de los ojos de las muchachas que llenaban el salón, y que, al volverse hacia nosotros, en el momento de la llegada, parecían enviarnos, en cariñosa salutación de bienvenida, todo el efluvio hipnótico de que son capaces sus dilatadas y negras pupilas de engaste gitano. Los mantones de Manila realzaban el encanto de las damas, dando animado colorido a las mejores flores que por todas partes daban sus encantos a la fiesta.

Las chilenas se presentaron igualmente ataviadas de mantón y de peineta, adornando sus cabellos con los claveles rojos de la tierra. Estuvieron oportunas y simpáticas; parecía que el españolismo de su sangre se hubiera despertado para hacerlas llevar sin esfuerzos los atributos de la gracia.

Sonó la orquesta con la melodía de los bailes y las parejas rivalizaban en la gracia de sus chotis y de sus valeses, de continuada sucesión, hasta que una especie de inquietud de multitudes anunció la llegada de la danza clásica, apoteosis de las exquisiteces del temperamento andaluz: de las *sevillanas* de la tierra.

Y vino la danza!... Y surgen en la sala un grupo de muchachas jóvenes y bellas, ceñidos los mantones a las suaves ondulaciones de sus cuerpos; ruedan las cadencias musicales y se levantan los brazos, «que se retuercen preguntando a los cielos designios amorosos»; los palillos, adornados con cintas de colores de banderas, tararean en lo alto los tiempos del ritmo y como estambres de vivientes flores tropicales dicen atracción y poesía: es un conjunto sonoro de notas alegres, movimientos elegantes, derroche de gracia tentadora y pura, que derrama en el ambiente la chispa incendiaria del amor!

Abandonamos el baile sintiendo la pena natural que deja la terminación de momentos de emoción intensa.

El acto de la Rábida.

A las dos de la tarde del 16 de Octubre esperaba en la rada de Huelva el guardacostas *Delfín*, de la Marina Española, para conducir a la Rábida a la Misión chilena. A bordo estaban las autoridades civiles y militares que esperaban al señor Yáñez y su comitiva. La tripulación le rindió honores de Embajador.

Los vapores *Vicente López* y *Rábida* habían zarpado conduciendo socios de la Colombina, invitados, estudiantes, casi al pueblo de Huelva, que quiso hacer honrosa guardia con su presencia.

En el muelle de la Rábida esperaba a la Misión el alcalde de Paños, señor Gutiérrez, acompañado de las autoridades regionales.

En la cima de un pequeño cerro cercano divisamos el histórico Monasterio y en su más alto torreón flameaban los pabellones de Chile y España. Subimos las avenidas que conducían al convento, recibiendo el aroma penetrante de la vegetación tropical que se ha dado al abrupto cerro, transformado en hermoso parque. Muchas palmeras y araucarias quieren recordar a los peregrinos la vegetación de las tierras descubiertas por el genio del renacimiento. En la explanada de lo alto, frente al Monasterio mismo, se levanta el monumento a Colón. En todos los sitios se advertía profusión de banderas y adornos de mirtos y encinas. Un enorme gentío llenaba la plazuela y la Misión entró en el recinto del convento a los acordes del Himno Chileno y de la Marcha Real. Una avalancha humana invadió la santa casa y fuimos conducidos por ella hasta la iglesia misma donde se efectuaría la ceremonia que todos querían presenciar.

La iglesia es relativamente pequeña, compuesta de una sola nave rectangular, y su arquitectura pertenece al siglo XIII o principios del XIV. En el fondo de la nave se levanta el presbiterio, separando ambos compartimientos un gran arco toral de estilo gótico. Tiene el presbiterio

forma cúbica y le sirve de techo una cúpula de aristas, dos detalles que demuestran el influjo cristiano y mahometano de la época. En el altar mayor del presbiterio se conserva el mismo Cristo a cuyos pies se postrara Colón en sus aflicciones.

Ninguna ornamentación exagerada había turbado la imponente y



La Misión embarcándose en una lancha de la Gobernación Marítima de Huelva para tomar el barco de la Marina Española que debía conducirla a la Rabida.

severa decoración del sagrado recinto. Sólo tributaban rendido homenaje a los pies del viejo Cristo los pabellones de España y de Chile, entrelazados.

En el presbiterio se veía, a la derecha, la mesa de la presidencia de la Sociedad Colombina, y a la izquierda se había colocado provisionalmente el mármol cuya entrega motivaba aquella solemne reunión, cubierto por una cortina roja guarnecida de palmas y de ramas de un añoso olivo que se dice plantado por Colón.

Hecho el silencio, don Eliodoro Yáñez declara abierta la solemne sesión que celebra la Sociedad Colombina Onubense. Tenía a su dere-

cha al Presidente de la Sociedad Colombina, señor Marchena Colombo, y al frente, al Secretario, don Pedro García Perelló. Se levanta el Secretario y lee el acta de la sesión a que se asiste, que firman los miembros de la Misión de Chile y las autoridades presentes. En medio de grandes aplausos se da cuenta que la Colombina ha nombrado socio protector al Excelentísimo señor don Eliodoro Yáñez y socios de honor a los demás miembros de la Misión. Se leen telegramas de salutación y de adhesión del Jefe de Palacio en nombre de Su Majestad el Rey; del Presidente del Consejo de Ministros, Excelentísimo señor Sánchez de Toca; del Ministro de la Gobernación, Excelentísimo señor Burgos y Mazo; del Alto Comisario de Marruecos, y de algunas personalidades del Cuerpo Diplomático.

Hay un instante de expectación; un movimiento instintivo de las multitudes anuncia el momento solemne: el Embajador Yáñez se ha levantado de su asiento y sube las gradas del altar para descender el velo que cubre el mármol de la ofrenda. Se destaca el escudo de Chile, en bronce y esmaltes, que corona el blanco trozo de mármol que muestra en letras de oro la oración de ofrecimiento. La banda municipal rompe con el Himno de Chile, y el tronar de un grito único salido de mil corazones altera la quietud de siglos de aquel mudo recinto. ¡Viva Chile! ¡Viva España! ¡Viva el Rey!

Vuelve el silencio y el Embajador Yáñez lee la inscripción a modo de plegaria, en el momento de depositar el voto de un pueblo, voto de fe, de amor y de reconocimiento:

«A la memoria de los insignes navegantes que, al ensanchar los horizontes de la humanidad, dieron a España un continente en que perpetuar el genio y las virtudes de su raza, ofrece la República de Chile el testimonio de su fe en los altos destinos del Mundo de Colón.»

Y continúa el señor Yáñez su discurso.

Es éste, señores, el homenaje, *aere perennius*, que la República de Chile rinde a la memoria del insigne almirante genovés y de sus nobles capitanes españoles. Me siento profundamente reconocido del alto honor que se me discierne de presidir esta ceremonia y me complace

expresar los pensamientos que en la hora presente evoca el magno suceso que hoy solemnizamos.

Para juzgar los grandes hechos de la historia es menester trasladarse con la imaginación a la época en que fueron realizados. En este lugar de soledad y de silencio, ante el grandioso espectáculo del valle y del mar, el espíritu se concentra y evoca el recuerdo del gran acontecimiento que tuvo su cuna en esta humilde casa franciscana. Siento la impresión honda y viva de aquellos tiempos lejanos al encontrarme en este templo, entre estos muros, ante este altar, donde el espíritu atribulado del peregrino genovés vino a buscar amparo y consuelo. El tiempo pasado vuelve a nosotros, penetra en nuestra alma, y aquellos grandes hombres de la Historia se levantan ante nuestra vista iluminados por cuatro siglos de renombre universal.

¡Qué pequeña nos parecería la obra de Colón y de sus compañeros Martín Alonso y Vicente Yáñez Pinzón, si desligándola de aquellas edades y prescindiendo de su espíritu y de sus consecuencias, la hubiéramos de apreciar a la luz de los progresos de la navegación moderna! El hombre tiene hoy el dominio del mar. Inmensos leviatanes surcan sus aguas; intrépidos aviadores han atravesado el Atlántico en naves aéreas y en medio de los horrores de la gran guerra, y para escapar a ellos, barcos submarinos partían de la costa de Alemania para llevar mercancías a los puertos de América. Y todavía allá, en los parques de Chicago, se encuentran fondeadas carabelas similares a las de Colón, que siguiendo su ruta y representando la munificencia de los reyes de España, fueron como signo de confraternidad a festejar el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo.

Pero en el siglo xv el mar Océano estaba rodeado de tenebrosas tinieblas. La idea de la redondez de la tierra se había perdido o era sólo el patrimonio de algunos privilegiados. La imaginación popular poblabá los mares lejanos de temidos gigantes y para muchos existía un límite en que terminaba el agua y el mundo terráqueo se caía en el abismo insondable del vacío.

Colón era superior a este medio ambiente; pero los hombres, generalmente, se abaten ante las dificultades; el espíritu se decepciona y debilita, y los mejores propósitos, los más nobles sueños, se desvane-



El acto de la Rábida

cen ante la resistencia de los que no tienen la visión del porvenir. Sólo una alma excepcional y superior puede sobreponerse a los prejuicios de su época, dominarlos y encontrar los medios y elementos para realizar empresas contrarias al sentimiento público general.

Es éste el primer mérito de Colón y de sus insignes compañeros. Es éste también el gran mérito de los Reyes Católicos, que tuvieron fe en aquel visionario que golpeaba las puertas ofreciendo locas aventuras, en los momentos en que graves conflictos ibéricos absorbían la atención de los monarcas de Castilla.

No es el acto material de la travesía del Océano, grande de por sí, dados los elementos con que en aquella época se contaba. Lo que recomienda a la posteridad el nombre de Colón y de sus capitanes es la concepción científica de la empresa, el espíritu que lo guió, la superioridad de criterio, la energía del carácter, la fe en los resultados, es decir, ese conjunto de cualidades intelectuales y morales que constituyen la verdadera grandeza humana.

Pero aun así, el nombre de Colón habría pasado a la posteridad como uno de esos hombres clarividentes, que anticipándose a su época, han señalado nuevas rutas al espíritu de investigación o de empresa, si no se juntaran, para colocarlo por encima de todos los hombres y de todos los genios, las consecuencias que para el progreso y bienestar de la humanidad habría de traer el descubrimiento del Nuevo Mundo.

La América tarde o temprano habría sido descubierta; el desarrollo normal de la civilización habría ido extendiendo la actividad europea más allá de los límites del mundo conocido; pero Colón se anticipó a su época y en empresa especial y determinada realizó una obra por nadie soñada y considerada como temeraria aventura por los hombres más cultos de su tiempo.

¡Qué grandes consecuencias científicas, políticas y económicas se desprenden de este hecho! Jamás podrán ser enumeradas en detalle ni apreciadas con exactitud. No es sólo la grandeza de España y la riqueza de Europa las que allí tuvieron su origen; es la posesión integral del globo terráqueo, que abre nuevas sendas a la actividad de los pueblos de Europa por la incorporación al mundo civilizado del más gran-

de y del más rico de los Continentes; es el comienzo de la emancipación del espíritu humano que disipa muchas tinieblas medioevales y produce una gran sacudida en la lánguida mentalidad del siglo xv.

Las carabelas de Colón no fueron a buscar los tesoros de las Indias Orientales; las joyas de Isabel no se ofrecieron para sufragar los gastos de una empresa mercantil. Las velas infladas de aquellos débiles barcos iban a realizar el más grande, el más trascendental de los acontecimientos que registra la historia; la blanca e inquietante estela que ellas dejaban en su rumbo a lo desconocido, señalaba el camino que el espíritu humano debía seguir para alcanzar la superioridad dominadora del mundo que constituye el orgullo del hombre en los tiempos modernos.

Por eso, señores, a despecho de los progresos que la navegación realiza con asombrosa rapidez, y por encima de las actividades del espíritu de investigación, que aumentan a diario el caudal inagotable de los conocimientos científicos, no tiene la América cima bastante alta en sus grandes cordilleras, ni hay en el corazón de los hombres gratitud suficientemente compensadora para levantar a la efigie y al nombre de Colón el monumento que su gran hazaña requiere.

Y a su lado y a igual altura menester es colocar a aquellos hermanos Pinzón, tipo acabado de la raza española, abnegados y valerosos, que sacrifican sus bienes para equipar las naves, fortalecen en la larga travesía el espíritu atormentado del Almirante, dominan las revueltas de la tripulación inquieta y temerosa y mantienen con férrea voluntad el propósito de no permitir que la bandera de Castilla vuelva al lugar de salida sin haber alcanzado el feliz éxito de la empresa.

Pero hay algo más que señala el nombre de Colón al culto de las generaciones posteriores a su época; y es su perseverancia, sus luchas, su fe de visionario y, séame permitido decirlo, la ingratitude de sus contemporáneos y los dolores de su existencia.

El calvario será siempre la gran enseñanza de la vida.

Hay en la vida de Colón una lección y un estímulo para todos los que luchan, para los que sufren y trabajan por el bien de la humanidad y aun para aquellos que persiguiendo la recompensa inmediata, el

galardón cómodo y fácil, no comprenden que el mérito es mayor cuando se ha adquirido en la sublimidad del sacrificio.

Por eso este lugar en que Colón encontró el estímulo moral que renovara su fe, la acogida cariñosa que consolara su espíritu, este Convento de la Rábida en que el Padre Marchena y Fray Pérez le dieron ayuda y consuelo, es un santuario que la República de Chile ha querido consagrar con el testimonio de su reconocimiento y de su adhesión a la Madre Patria.

Estábamos los chilenos indicados para tomar esta iniciativa. Formamos en su tiempo la más apartada y la más pobre de las colonias españolas de América; nos tocó en lote tener que luchar con una raza aborigene fuerte y batalladora, que durante siglos se defendió bravamente en los bosques vírgenes de nuestras selvas seculares;] pero hemos conservado más que cualquiera otra de las colonias el temple del alma española, la pureza de su sangre y la homogeneidad de su raza.

Fuimos tenaces y esforzados en la conquista del territorio, hidalgos, altivos y valientes en las luchas de nuestra emancipación política, y fuimos los primeros de los hijos de España que, constituida la nacionalidad americana, levantamos un monumento a la memoria de Colón y abrimos los brazos a la Madre Patria para buscar en las afinidades de la raza la unión indisoluble de los pueblos.

Tenemos un siglo de nobles esfuerzos por nuestra constitución de pueblo libre y trabajador y buscamos afanosos en todos los países civilizados elementos de cultura y de progreso, pero continuamos siendo españoles y en el fondo palpita el alma castellana con sus virtudes y defectos, sus debilidades y grandezas.

Pero no quiero hablaros del pasado porque sería hablar de la historia española que ha llevado a todas partes de Europa y del mundo la gloriosa bandera de Castilla; sería recordar el portentoso periodo del descubrimiento de América y de esa gran epopeya que se llama la Conquista, en que España se desangra en esfuerzos que ningún otro pueblo habría podido acometer para formar un núcleo de naciones que llegadas a su mayor edad constituyen un importante factor del equilibrio y del progreso del mundo.

Estamos en el deber de mirar hacia adelante, y no seríamos dignos

del gran acontecimiento que incorporó un Continente a la civilización mundial, si en las grandes épocas de la historia la América no asumiera la responsabilidad y la participación que le corresponde en la solución de los grandes problemas que preocupan al mundo.

La América española tuvo su infancia en la época colonial, que fué de exploración y ocupación de sus extensos territorios; tuvo su período de emancipación en que los pueblos en ella formados quisieron vivir su propia vida; y tuvo en seguida la difícil tarea de constituirse y gobernarse.

La revolución emancipadora de América no fué una lucha contra España; fué una rebelión contra el régimen teocrático, contra las oligarquías y las castas privilegiadas, contra la asfixiante atmósfera que oprimía el espíritu humano y le quitaba la libertad de pensar, la libertad de escribir, la libertad de creer, la libertad de establecer sobre la base igualitaria de un régimen democrático la prosperidad del pueblo y la garantía de su evolución progresiva.

Y hoy, salida de esta dura prueba y formada su nacionalidad definitiva, puede afrontar las responsabilidades que pesan en estos momentos sobre todos los pueblos del orbe, ofrecer a la Europa ensangrentada e inquieta sus tesoros inagotables, sus campos inexplotados, sus primeras materias, todas sus fuentes de prosperidad y de trabajo, buscando más amplios horizontes, concepciones más altas que las fundadas en los intereses, por su naturaleza restringidos, que la guerra ha creado.

Es éste el pensamiento dominante de la América entera y es ésta la orientación general de su política; y por eso, interpretando los sentimientos y anhelos de mi país, yo digo a España en esta hora solemne: No olvidéis vuestros deberes de Madre Patria; nos disteis vuestra mejor sangre y formasteis naciones vigorosas con amplio espíritu de progreso; levantad ahora la bandera de la unión política y económica de la raza en estos momentos en que el mundo, convulsionado e inquieto, siente el peligro de un súbito retroceso en sus industrias, en su comercio y en su vida social, y necesita agrupar a los pueblos que en las afinidades de su origen tienen mayores elementos de unión, para fundar la obra del amor en medio del odio, de la paz en medio de la

lucha y de la solidaridad universal en presencia del distanciamiento de los hombres y de los pueblos.

Levantad esa bandera no solamente como enseña de amor y de afinidad intelectual, sino como manifestación práctica de intereses políticos y económicos que se aúnan y concilian para labrar la prosperidad de los pueblos y el bienestar de sus habitantes.

Tenéis las bases fundamentales de la grandeza, la lengua, la raza y la historia, la situación geográfica, la extensión y fecundidad del territorio y vuestros admirables y numerosos puertos naturales; y tenemos por nuestra parte un gran continente lleno de numerosas riquezas y poblado por una raza fuerte, disciplinada para el trabajo y anhelosa de estrechar los lazos que la unen a la Madre Patria.

Esta es la coronación de aquella gran obra en que Colón sentó la primera piedra, dejando a las naciones a que dió origen y a la que le prestara sus recursos y su bandera, la obra no menos grande de fundar no la unidad casi siempre estéril de un gran imperio, sino el consorcio fecundo de pueblos libres y soberanos que marchan unidos a la realización de sus grandes destinos.

Mil veces honor a la España Real que dió el ser a las Repúblicas americanas si hoy dedica sus energías a la consagración final del sueño de Colón, y mil veces enaltecido el nombre del egregio monarca español llamado a completar la obra de Fernando e Isabel con la unión intelectual y económica del antiguo imperio de Carlos V.

Señor Presidente de la Sociedad Colombina Onubense: en representación del señor Ministro de Chile, Excelentísimo Señor Fernández Blanco, en nombre de este espíritu de unión y de confraternidad hispano-americano, y evocando los manes de los hombres que realizaron y de los hombres que contribuyeron a la gran obra de Colón, os hago entrega de esta placa conmemorativa del descubrimiento de América, como testimonio de nuestro amor a España, de nuestra fe en sus destinos, y como signo representativo de nuestros anhelos de hacer más estrechas y durables las relaciones intelectuales que nos unen a la Madre Patria.

Que ellas se mantengan puras como el mármol y perennes como el obrnce que en esa lápida simbolizan y consagran el pensamiento del

pueblo y del Gobierno de Chile, los ideales, los propósitos, las palpitaciones del alma nacional chilena.

Una prolongada ovación saluda las palabras del Embajador, y acto seguido se levanta el ilustre Presidente de la Colombina, que habla así:

Excelentísimo señor Embajador, Señoras, Consocios de la Sociedad Colombina:

Quiso mi suerte que llegara este día, realización de uno de mis más grandes anhelos colombinos. Si yo pudiera sobornar al tiempo, pararía las horas para que esta emoción que hace vibrar a mi espíritu salpicándolo como de puntos de luz, durara siempre, que pocas veces da el vivir momentos de tan alta idealidad, horas tan intensas, sensaciones tan puras como las de este acto, grande por su sencillez, que en este lugar, donde el genio del Renacimiento comprendido por el de la raza española, elaborara mundos, huelgan los oropeles del artificio.

Un día, en este peregrinar mío para que los lugares colombinos no caigan en el olvido, conocí a unos hombres que, viviendo la alta vida de las relaciones diplomáticas, no eran como la generalidad: favorecidos de la fortuna, tenían afectos, no sólo de cortesanía, sino de corazones sinceros para los que como yo son muy modestos: hablamos de España, de América, del ideal hispano-americano; la conversación nos llevó a este rincón de tierra española: la Rábida, Palos, Moguer, Huelva... Debí poner en mi palabra los acentos de pasión que siento por mi tierra y me atreví a decirles lleno de timidez:—¿Iría el señor Ministro a colocar una lápida en el Monasterio de la Rábida?—Digaselo usted, que le gustará—me contestaron.

Y aquel hombre austero, gran señor, de figura patriarcal, alma de niño—la Divinidad premia a los buenos dejándoles la juventud en el espíritu—, me dijo: «En nombre de mi pueblo iré a colocar en la Rábida una muestra permanente de nuestra admiración por los descubridores y de nuestro amor a España.» Los que sabéis de mis entusiasmos colombinos os daréis cuenta de cual sería mi gratitud: le estreché las manos, y aquella promesa es hoy una realidad. ¿Cómo no he de dedicar en este momento, el más solemne para nosotros, un recuerdo al Excelentísimo



En uno de los patios del claustro de Santa María de la Rábida.

señor don Joaquín Fernández Blanco, Ministro de Chile en España, y a la distinguida dama que santifica su hogar, que debían estar con nosotros y que faltas de salud les ha impedido venir?

• Y llegasteis vosotros, los más altos embajadores de estos tiempos, porque sois embajadores de almas, traéis latidos de corazón, sentimientos de pueblos, idealidades y esperanzas de seguro porvenir; porque venís, no con las frialdades del protocolo o los miramientos de la política, sino con el derecho que dan la tradición, la historia, el idioma, la raza, y os encontráis en el hogar de vuestros hermanos, que es de todos, porque de esos ríos sagrados salieron las naves de la fe, de la energía, del espíritu aventurero de la raza, templada en Oriente con victorias señoras del Mediterráneo y en Occidente con la Reconquista: carabelas colombinas que fueron formando con el silbido del viento en las jarcias y con el chapotear del agua en las quillas, los nombres españoles con que habían de bautizar aquellas tierras de América, vuestra tierra, en 12 de Octubre, que vió emerger del Océano, como en segunda creación, un mundo virgen para que se completara el Planeta.

Tan es ésta vuestra casa, que ahí están esos nombres vuestros y nuestros, Palos y Moguer, cunas de aquellos Pinzones, que por su Rey y para su patria pusieron en la expedición cuanto tenían, y además dirigieron dos naves, para demostrar que si eran muchas sus audacias de hombres amantes de la riqueza y la gloria, no era menos su pericia de navegantes; Fray Juan Pérez, Antonio Marchena, almas tan fuertes como las del Almirante, locos también, tocados de la sublime locura del que llegó aquí traído, no por el azar, por la Providencia, que quiso y preparó a España para que, como un torrente de energías, se desbordara por estas costas y realizara la epopeya viva más grande de los siglos.

Sí, es vuestra casa, que los conquistadores de vuestra tierra, hoy tierra de la libertad, eran fronteros de esta Andalucía, hermana por el Norte de esta Extremadura, que no se cansaba de dar santos y guerreros: Pizarro, Almagro, Cortés, Cabeza de Vaca, Alvarado, vuestro Valdivia, y con él fué Alonso de Ercilla, el capitán de nuestro «siglo de oro», que manejando «ora la pluma, ora la espada», esculpía en versos

castellanos, ricos como los veneros de la tierra recién descubierta, aquellos hombres

«anchos de espaldas y de pechos fuertes»

invencibles en las defensas del valle de Arauco; versos en los que, para justicia eterna de lo que fuimos, se escribieron virtudes del Héroe Araucano superiores a la de nuestros caudillos, que, pese a la calumnia, ésa es la hidalguía castellana, que fué derramando sangre y sembrando huesos en selvas, montañas, valles, llanuras, ríos más grandes que mares, y en ellos escribiendo nombres de habla española, que flotarían como un círculo rodeando la tierra si desapareciera América.

Y esa habla, damas chilenas, os enseñó las palabras de amor y puso en vuestros labios el nombre de los pedazos de vuestras entrañas; y en los dolores y en las alegrías, con ellas elevasteis vuestras plegarias y esmaltasteis las risas cristalinas de las horas felices del vivir, y mostrándola con lágrimas encerrasteis a vuestros muertos; y se hizo en vosotras y en vuestros compañeros sangre y músculo, nervio y pensamiento; y pasado el momento histórico de la emancipación, por ley de vida, de la Madre Patria, es la fuerza ancestral que aquí os trae, cumpliendo una misión de justicia divina, a devolver a esta vieja España, que se desangró en parto ubérrimo, que sembró naciones, la sangre joven, los ánimos fuertes, las esperanzas de felices días, la fe segura de un porvenir de amor, trabajo y gloria.

Ese es el ideal de raza; ésa es la esencia de la unión hispano-americana. No es la lucha; es que en el incesante laborar de la cultura universal para un mundo mejor sean otros los rectilíneos; pero seamos nosotros la divina curva, la línea de la gracia, la que moldee la expresión de la maternidad en fuente de vida que ángeles rubios y morenos, con ansias de vivir, besan y acarician con manecitas de nácar. Y raza y pueblos que tienen la flexibilidad, la dulzura, la ternura fecunda, la bohemia espiritual, la gracia, son pueblos inmortales que han de realizar grandes destinos...

La emoción no me deja continuar...

Excelentísimo Sr. D. Heliodoro Yáñez, Embajador el más alto para la Colombina de todas las embajadas: en este templo quedará vuestra

ofrenda, la presidirá ese Cristo que vió en los siglos las torturas del genio cuando la idea hecha carne y nervio aleja el sueño, azota las sienas, acelera los latidos del corazón y suspende la vida porque quiere ser acción y convertirse en obra fecunda; que la idea que nos ha unido sea acción y sea fecunda para bien de los hombres; al Cristo de mis mayores, de nuestros mayores, que es Dios de libertad, de progreso y de tolerancia, le pido, con amor, que esas banderas de Chile y España que se besan a sus pies sangrantes, sean un símbolo de la unión de Chile y España, más tarde de España y toda América.

Y a vosotras, mujeres chilenas y mujeres españolas que tenéis en vuestra Historia a Isabel Católica, la Reina hacendosa que gobernaba pueblos sin olvidarse de las virtudes de la casa, cooperad en nuestra obra. Un pintor andaluz puso en los hombros de la mujer virgen manto de estrellas para expresar que estrellas son vuestros ojos iluminadores de las noches románticas en nuestra juventud; estrellas del cielo los de las madres que velan por nosotros desde la otra vida—al amor de la madre no lo vence la muerte—y luceros en los ojos de nuestras hijas.

Cuando ayer la niñez y la juventud de Huelva desfilaban ante la Legación Chilena y la luz de este sol meridional unía en arco iris los tonos de color de las banderitas de Chile y de España y el aire mezclaba los sonidos del Himno Chileno y de la Marcha Real española, y un pueblo entero, vibrando el entusiasmo, dejaba escapar aclamaciones a Chile y a España y a la Unión Hispano-Americana, yo vi vuestros ojos velados por las lágrimas; y también vi y no lo olvido, ni quiero olvidarlo, que al llegar una niña vestida con el traje chileno dando la mano a otra niña vestidita de España y os dijo con voz de timbre cristalino: «Señor Embajador: decid a las niñas chilenas que las niñas españolas las queremos mucho» no pudisteis más... los hombres fuertes se retiraron a ocultar la emoción...

Yo pido a Dios que esas emociones no nos las quite nunca; es el pago que nos da el amar la Patria, es renovación de nuestra propia vida en la comunión con el Ideal, es espíritu de sacrificio que nos separa de la opresión de la materia y nos eleva a los que fueron y nos lleva a darnos, en plenitud de amor, por los que serán. Lo dijo

el clásico: dulce es el nombre de la Patria y dulce y bendito morir por ella, que es tanto como morir por la continuación del amor de los hombres.

Excelentísimo señor Embajador: la tierra está encharcada de tanta sangre humana. En esta Iglesia lo decía hace pocas horas ante el Excelentísimo señor Ministro de Marina, que nos honraba presidiendo la «Fiesta de la Raza»: el odio ha querido borrar la palabra hermano y el «Amaos los unos a los otros» por que murió ese Cristo: que no haya más guerras, que vean la ternura de estas fiestas de paz...

Yo soy muy modesto, un hombre humilde; no sé si atreverme a hacer una petición de igualdad y fraternidad. ¿Queréis, señor Embajador, que mis brazos se estrechen con los vuestros, como testimonio de cariño entre la Colombina y vosotros, y queréis llevar al pueblo chileno el amor de la Colombina y de España? ¡Viva Chile! ¡Viva España!

Terminada la ceremonia, el Excelentísimo señor Yáñez y el Presidente de la Colombina, señor Marchena Colombo, redactaron comunicaciones para Su Majestad el Rey de España Don Alfonso XIII y para el Presidente de la República de Chile, Excelentísimo señor don Juan Luis Sanfuentes.

Pocas horas después contestaba el señor Sanfuentes, y las comunicaciones cambiadas son del tenor siguiente:

«Presidente de Chile.

Santiago.

En este momento inauguro en el Monasterio de Santa María de la Rábida la ceremonia de colocación de la lápida conmemorativa que la República de Chile ofrece a la memoria de los descubridores de América. Presento con este motivo a V. E. mis respetos y felicitaciones.—
ELIODORO YÁÑEZ.»

«Eliodoro Yáñez.

Huelva.

Con viva complacencia quedo impuesto de la ceremonia de la inauguración lápida conmemorativa que la República, dignamente re-

presentada por U. S., consagra en el Convento de Santa María de la Rábida a los descubridores de América. Ella es un homenaje de gratitud histórica y prenda del más estrecho acercamiento a la Madre Patria. Para U. S. mis felicitaciones más cordiales.—JUAN LUIS SANFUENTES.»

En Palos.

Terminada la ceremonia en el Monasterio de la Rábida, los miembros que componían la Misión chilena, en unión del Presidente de la Colombina y de varios socios de la misma, emprendieron la marcha en automóviles para visitar Palos y Moguer.

Al llegar a la entrada de Palos, el pueblo en masa prorrumpió en vivas a Chile y España, desbordándose en entusiasmo y en pruebas de afectuoso homenaje a los visitantes chilenos.

Atentamente invitados por el Alcalde, señor Gutiérrez, pasamos a la casa llamada «La Argentina», propiedad del Cónsul de la Argentina en el Brasil, señor Martínez Buño.

En uno de los salones de la casa, y ante el Excelentísimo señor don Eliodoro Yáñez y demás acompañantes, el Secretario del Ayuntamiento de Palos, don José Prieto, dió lectura a una patriótica salutación al pueblo chileno, tan dignamente representado—dijo—que no cabe mayor honor para este pueblo, el cual se siente enorgullecido.

Recordó los puntos más sobresalientes del valor histórico de Palos y terminó dando vivas a Chile, a España y a la Embajada chilena, saludos que fueron ahogados por atronadora ovación de todos los presentes.

El señor Yáñez en breves palabras agradeció el recibimiento que se les hacía, prometiendo elevar a su Gobierno los sentires hidalgos y generosos del pueblo de Palos, al que muy bien puede llamársele clastro del Descubrimiento.

Al terminar de hablar el señor Yáñez estalló nuevamente clamorosa ovación.

Después trasladóse la comitiva a la iglesia de San Jorge, seguida

del pueblo en masa, que no cesaba de aclamar a la Misión chilena y especialmente a sus damas, al paso de las cuales y desde los balcones,



La Sra. Martina Barros de Orrego, agradeciendo el homenaje que desde los balcones se hace a las damas chilenas.

las bellas señoritas de Palos arrojaron una verdadera lluvia de flores, y el pueblo besaba sus vestiduras. Llegamos a la histórica iglesia, que llenó el pueblo en verdadera acción de gracias. La Virgen de los Milagros, a cuyos pies se postrara Colón a su regreso de América, y el

púlpito en que se leyeron las pragmáticas de los Reyes Católicos, nos fueron mostrados con la orgullosa satisfacción de celosos guardianes de las grandes reliquias de la Historia.

Las calles y plazas se hallaban engalanadas con arcos de follaje y banderas de España y Chile. Había alegría en la ciudad, en el ambiente que vibraba con el repique de campanas y el estallido de cohetes, había alegría en todo el puñado de almas que formaban aquel pueblo. Y no puedo dejar de repetir: ¿Qué persigue la población, rústica y sincera, del histórico pueblo de Palos, que corre en entusiasmo delirante a la iglesia de su pueblo llevando en brazos a los enviados del Chile lejano para dar gracias a Dios y a su Virgen de los Milagros por el arribo de los mensajeros de amor filial, mientras las campanas echadas a vuelo, y el estallido de los cohetes y petardos, llenan el ambiente de alegría? ¡Ahí está!, grita una voz dentro del templo; ahí tenéis el púlpito en que se leyeron las pragmáticas de los Reyes Católicos resolviendo la partida de Colón!

¡Y parece que el eco lejano repitiera: ahí está el principio de vuestra existencia y el comienzo de vuestra gloria...!

En Moguer.

No podremos olvidar el patriótico y entusiasta recibimiento dispensado por el pueblo de Moguer a la Misión chilena, que fué saludada a su llegada por el Alcalde accidental, don Domingo Paniagua, el Ayuntamiento en pleno y demás autoridades civiles y militares.

Después de visitar las Casas Consistoriales, se organizó una imponente manifestación que siguió a la Misión hasta el Convento de Santa Clara. La banda municipal amenizó el acto con alegres y bien ejecutadas composiciones.

Con delicada] amabilidad fuimos recibidos por la Superiora del Convento y Colegio de Esclavas Concepcionistas, y por la mayor parte de las Hermanas de la Comunidad, que nos prodigaban sus atenciones en compañía de muchas y bellas señoritas de la buena sociedad de Moguer.

Una vez terminada la visita a la iglesia y dependencias del suntuoso Convento, se pasó al salón-recibidor del colegio, donde se sirvió un espléndido *lunch*.

El Alcalde, señor Paniagua, leyó una breve y elocuente salutación a la Misión chilena, que fué aplaudidísima, dando los concurrentes vivas a España, Chile y Moguer.

El señor Marchena Colombo habló después dedicando un recuerdo al Ministro de la Gobernación, señor Burgos y Mazo.

El señor Yáñez agradeció elocuentemente todas las manifestaciones recibidas y en brillante párrafo ensalzó a la mujer moguerena.

Terminado el oficialismo de rigor, la concurrencia se entregó a la más franca y sencilla camaradería. La dulzura del mirar de las moguerenas, la intimidad de viejos amigos desarrollada en conocimientos de minutos, el indiscutible lazo de unión que establecía el delicioso néctar de los viñedos de la tierra, dieron a aquella reunión de Moguer un calor y una verdad en que no podemos precisar, quedanos sólo la impresión de que dejamos allí mucho nuestro y que hubiéramos querido llevarnos mucho más! Nombres de la familia del ministro de la Gobernación, señor de Burgos y Mazo, alma de las atenciones prodigadas en Moguer, antiguos amigos conocidos en Madrid, nos colmaron de atenciones y nos ofrecieron un momento inolvidable en la jira a los lugares colombinos.

Y ya bastante entrada la noche, se emprendió el regreso a Huelva, adonde llegamos pasadas las ocho de la noche para asistir al gran banquete oficial que se nos ofrecía en el Círculo Mercantil.

El banquete del Círculo.

En la noche del 16 se celebró en el Círculo Mercantil el banquete oficial organizado por la Sociedad Colombina en honor de los representantes de la República de Chile.

El salón del Círculo, ya admirado por nosotros en la noche anterior, ofrecía hermosísimo aspecto, estando admirablemente engalanado

con guirnaldas, plantas y profusa iluminación a la veneciana. Los escudos de España y de Chile aparecían juntos, sirviéndoles de marco las banderas entrelazadas de ambos países.

La banda municipal ejecutó con gran acierto durante el banquete obras escogidas del repertorio español, bajo la acertada dirección del maestro Castillo.

Fué servido el siguiente menú:

SOCIEDAD COLOMBINA ONUBENSE

BANQUETE

EN HONOR DE LAS PERSONALIDADES QUE FORMAN LA

MISIÓN CHILENA

Menú

Hors d'œuvres variés
Consommé Brunoise Perrier
Escalope de Lubine Dugleré
Noix de veau Périgord
Vol au vent Starley
Petits Pois Pisanne
Poulets de Grain Rôti
Salade du Saison
Bombe Glacé Nerlusko
Friandises
Desserts

VINS

Riscal, Jerez González Byass, Champagne Moët White Star.
Café, Liqueurs et Cigars

CÍRCULO MFRcantil y Agrícola de Huelva
16 de Octubre de 1919

Las mesas dispuestas para el banquete afectaban la forma de M, y sobre ellas se habían colocado elegantes arreglos de flores del tiempo.

En la mesa presidencial tomaron asiento el Embajador de Chile, don Eliodoro Yáñez, a cuya derecha tenía a las señoras de Marchena Colombo y Barros Borgiaño, presidente del Círculo Sr. Muñoz Pérez; señora de Alvarez de Rivera; Sr. Siurot; señorita Gabriela Yáñez, Sr. Lonsada y señora de Noval de Cela; a su izquierda se sentaron la señora de Andrade; el presidente de la Sociedad Colombina, Sr. Marchena Colombo; señora de Muñoz Pérez; gobernador militar, Sr. Andrade y Chinchilla; comandante de Marina, Sr. Oruz; señorita Luisa Yáñez; delegado de Hacienda, Sr. Basarán; señora de Domínguez Roqueta; señor Alvarez de la Rivera; D. Manuel Garrido Perelló; señora de Cádiz Serrano; Sr. Roig; señora de Garrido Perelló (D. Manuel); Doctor Salas; señora de Oruz; Sr. Domínguez Roqueta; señora de Romero; Sr. Ortúzar; Sr. Aragón y señorita de Tercero.

En la mesa del centro se sentaron los señores Cádiz Serrano, comandante del *Delfín*; D. Manuel Hidalgo Machado; D. Francisco y don Antonio García Morales; Vázquez Limón; De la Corte Gutiérrez, comandante de Carabineros; Cano Rincón; Garrido Perelló (D. Pedro); Presidente de la Audiencia Provincial Sr. Tercero; Teniente Coronel del Regimiento de Soria; Sr. Gamir, Teniente Coronel de Carabineros; Sr. Pera Bayo y numerosos socios de la Colombina y del Círculo Mercantil.

Se destacaba una simpática nota regional: las damas de la alta sociedad onubense, rompiendo habituales preocupaciones, dejando a un lado encogimientos explicables en la rigidez de las costumbres andaluzas, asistían por primera vez a una fiesta de esta índole, dándole todo el brillo y esplendor de sus virtudes.

En nombre de la Sociedad Colombina ofreció la manifestación el distinguido literato y pedagogo D. Manuel Siurot, con una finura de lenguaje que dejaba ver desde el primer momento al artista elegante y acabado de la palabra, y que al día siguiente debíamos consagrar como ápóstol sublime de una idea.

Fué saludado Siurot con una espléndida ovación al levantarse para pronunciar su hermoso brindis.

Brindis de Siurot.

Esos aplausos, que han nacido en la sangre caliente de vuestros corazones, traen el aroma de las almas. Mirad qué flores tan propias para obsequiar a las señoras que honran este acto.

Señores chilenos: El día que llegasteis a Huelva se desbordó nuestro pueblo, y brilló más alegre y luminoso el sol de Andalucía.

Huelva, la ciudad simpática, que tiene un pasado de gloria y un presente de trabajo, hace del día de hoy un recreo íntimo, y para gozarlo se asoma a la Rábida, piensa en América y, mostrando a sus hijos las hazañas del pasado, abre su libro por la más interesante página de sus eternos orgullos.

Y como amamos tanto esta tierra, porque están en ella las cenizas de nuestros padres; y ese cielo, porque está en él la historia de nuestras oraciones y esperanzas; y esas calles, porque tienen las huellas de nuestras luchas y trabajos; y esas ventanas, porque se poetizaron con nuestros veinte años, que no hay una vida de veinte años que no sea una estrofa y un himno; y esas mujeres, porque tienen la belleza latina y la gracia andaluza; y esas casas, porque late en ellas el amor y el dolor, que juntos forman el augusto sacrificio del hogar; porque todo esto nos conmueve y levanta, porque es nuestro, porque es nuestra alma, la ponemos entera en el cáliz de oro colombino, e iluminándola con un rayo de alegría de aquel sol que se puso contento el día que llegasteis vosotros, la ofrecemos a los eximios viajeros como el presente de nuestra gratitud y nuestro afecto.

Cuando yo veo que la sangre altiva de Don Quijote circula también por las venas americanas, me salta el corazón de júbilo. Vosotros, desde vuestra altura social y política, desde vuestra remota tierra, tan remota, hermanos, que no tenemos con ella la vecindad de nuestro Atlántico, ¡qué digo de nuestro Atlántico, ni siquiera la de nuestras constelaciones!, venís con el pensamiento lleno de amores a dejar en nuestros lugares sagrados un renglón de vuestro romanticismo, que es

como una protesta viva contra este ambiente de frivolidad que reina, donde toda vanidad tiene su asiento y todo escepticismo su preponderancia y trono; renglón romántico, que habéis proclamado desde la tribuna espiritual más alta de los pueblos modernos, porque habéis dejado en los muros del convento de la Rábida la prueba de vuestra pura idealidad, y en esto seguís el plan que Dios ha impuesto y el orden que ha marcado a todos los seres, pues ha querido que antes que nada sean en el mundo las ideas y luego los hechos, los números y las operaciones de la vida. Por eso yo me entusiasmo ante el empeño y los afanes que ponéis en regar y cultivar el árbol de los idealismos chilenos, y al veros así noblemente exaltados pienso que si un día, para desgracia de la humanidad, se nos agotaran a los románticos las minas del *idearium* de vuestras almas, to lo ese magnífico espectáculo de la civilización material vendría ruidosamente al suelo, porque es ley de Dios, y la ley de Dios tiene que cumplirse, que sean las ideas las reinas y señoras del mundo, y los hechos y los negocios sus esclavos y servidores.

Paso, pues, a esos nobles caballeros de la raza, proclamadores en todos los palenques de la vida moderna de que el contenido de la civilización hispano-americana es el eje y la medula del universo moral. Paso a los caballeros americanos que traen en sus lanzas madera de los bosques chilenos, y en sus escudos hierro que ha dormido el sueño prehistórico en las montañas de los Andes, y sus Rocinantes han bebido las aguas de Arauco; y aunque esto es verdad, también lo es que los conocemos muy bien y sabemos a ciencia cierta que la señora de sus pensamientos, la reina de sus corazones, la Dulcinea de sus andanzas es esta España inmortal y vieja, vieja pero eternamente remozada, para ser eternamente el objetivo de todos los amores transcendentales y el nervio de todas las generosidades civilizadoras. Esta Dulcinea no es esquiva ni huraña con sus caballeros; antes al contrario, cuando los ve fatigados, maltrechos, heridos en su lucha por ella, les pone en la frente el premio de sus afanes en un beso que enciende la vida y mete en el corazón el deseo de derramar hasta la última gota de sangre en las luchas reivindicadoras de los derechos de nuestra España.

Paso a la bandada de cóndores americanos, que vienen a refrescar su vuelo en los horizontes de la patria madre.

Con los cóndores vienen también golondrinas. La golondrina se remonta al cielo, canta y alegra los aires, y cuando se siente herida de los misterios de amor, viene a colgar su nido al calorcito del hogar humano. A esas golondrinas de América no podemos recibirlas sino con las caricias de las de España, que embellecen este acto, y también queremos entrar en el jardín de las grandes inspiraciones y, cortando las madre selvas de Bécquer, las rosas y los claveles de Arolas, el tomillo y la mejorana de Gabriel y Galán y la bien oliente y aristocrática magnolia de Rubén Darío, alfombraremos con ellas el suelo para que, al pasar las peregrinas viajeras, las rocen con la punta de sus elegantísimas alas.

A los cóndores, que son el símbolo de todo elevado señorío, y que se enorgullecen de su bello dibujo y del esplendor de su plumaje, los recibiremos con el símbolo de todas las realidades e invitaremos a los leones de nuestro escudo que salgan a recibirlos; que al estar juntos cóndores y leones no pelearán, sino que, al verse, se conocerán como de la misma sangre, y el cóndor americano sentirá nacer sobre sus alas el brazo omnipotente del león, y el león español rugirá alborozado al ver que sobre sus brazos surgen alas para volar por el mundo, realizando los nobilísimos ideales de la raza.

Vosotros sabéis, señores americanos, que España se sacrificó entera por vosotros. Grande era la tierra americana; pero era muy generosa la sangre española, y hubo bastante para regar con ella desde las tierras del Colorado hasta la Patagonia. Sacrificio es el descubrimiento con todas las trágicas inquietudes que se encierran en el divino paréntesis, cuyos brazos son el 3 de Agosto y el 12 de Octubre. Sacrificio es la conquista, tan llena de heroicidades, que parecen sus hombres fantasmas de un soñador de Oriente; pero es más sacrificio todavía la constancia noble y bella de España en mandar allí siglos y siglos su sangre, no para derramarla en campos de batalla, sino para fecundar con ella el vientre cobrizo de América, convirtiendo así un mundo inferior en un mundo hispano, y levantando hasta la superioridad de la raza más fina de la tierra aquella pobre anatomía de los aborígenes americanos.

Señores: Yo me enorgullezco de ser maestro de escuela español al enseñar a mis niños que si cuando descubrimos la América fuimos escultores de mundos, cuando la conquistamos y civilizamos fuimos blanqueadores de pueblos. En este blanquear a cobrizos está la más estupenda pedagogía nacional y el asombro de la Historia, porque, en expresión del mártir José de Diego, hay sólo en el mundo un pueblo abridor de ángulos faciales, y ese pueblo es nuestra España querida, la patria de mi corazón.

Por eso yo recojo una bella frase pronunciada ayer por el elocuente orador que preside la Colombina, frase que acepto íntegra y que me honro en repetir. Dijo: *Si España desapareciera, renacería entera en América*. Yo me permito dar una pequeña vuelta a sus términos, y afirmo: que si un día, no presentido siquiera, una catástrofe geológica enterrara en el mar desde la bahía de Hudson hasta la tierra de Magallanes, y el Atlántico y el Pacífico se juntaran en un abrazo para llorar juntos la desaparición de la virgen América, *América renacería en España*, porque como el Nuevo Mundo es el fruto legítimo del matrimonio de la Providencia de Dios con mi Patria, bastaría que la Esposa se bañara en la luz del Esposo para que el prodigio americano se repitiera, que la Madre de un Mundo pariría otros si fuera ello preciso al cumplimiento de los designios de Dios sobre nuestra Historia.

Todos esos sentimientos despertáis en nosotros, hermanos, y los despertáis con el mágico encanto de vuestra idealidad. Paso, pues, a la caravana blanca y luminosa de los idealistas. Inclinemus nuestra voluntad delante de los magos de Occidente. Ellos salieron de sus tierras y por los mares de abajo les guió una estrellita de la Cruz del Sur; pero cuando se aproximó la zona ecuatorial, perdió aquélla su influencia, y entonces, por los espacios siderales, recomendó a su compañera la Polar del Norte que trajera a la Rábida a los ilustres viajeros. Ellos han ofrecido en la cuna de América el incienso, el oro y la mirra de sus adoraciones, y nosotros, conmovidos ante el espectáculo, nos afirmamos en la fraternidad con estos hombres, y con los brazos abiertos les brindamos nuestra amistad, porque si además de hermanos somos amigos, juntos concluiremos por ir en un bloque internacional hispanoamericano a impedir las acometidas de otras razas que, si superiores

en el orden material, no lo son en el espíritu, porque en eso somos nosotros los señoritos del planeta, los aristócratas del idealismo, y por eso tengo una confianza en la victoria final, porque la ley histórica, divina, tiene forzosamente que cumplirse, y, al fin y al cabo, ganarán la batalla, no la fuerza, ni los hechos, ni las especulaciones materiales, sino las santas ideas madres de la vida.

Voy a terminar; pero no quiero sentarme sin deciros que el eminente hombre de Chile D. Eliodoro Yáñez, hablando con D. Alfonso XIII días atrás, le significó el deseo de su país de tener en España un puerto para depósito general de todos los nitratos chilenos que vengán a Europa.

Sabemos que el Rey dió un nombre, y que el Sr. Yáñez aceptó. ¡Benditos sean los labios del Rey, que nombraron a Huelva, y benditos los labios vuestros, que aceptaron! Por eso yo, en este acto, rindiendo culto al afecto y al honor que me dispensa el Rey con su amistad, brindo por él, por vosotros y por Huelva.

HE DICHO.

Discurso del Excelentísimo Señor Yáñez.

La rica y hermosa lengua de Cervantes, de Lope y de Fray Luis de León no tiene en su diáfana y expresiva claridad una palabra que sintetice la impresión, mezcla de alegría y de religioso recogimiento, que he experimentado al pisar por primera vez el suelo de España. Recorriendo la agreste y rica región montañesa del país vasco, atravesando la vieja llanura castellana, áspera y severa, la alegre y sonriente Andalucía, visitando esta región de Huelva, cuna de grandes recuerdos, en todas partes, desde las costas que baña bravío el mar Cantábrico, hasta esta tierra andaluza, hija de luz y sol, tierra de flores perfumadas y de mujeres bellas, en todas partes he sentido la emoción intensa y viva del que vuelve al viejo solar de sus abuelos. (Aplausos.)

Señores, el día de hoy ha sido para nosotros de horas intensamente vividas. Acabamos de celebrar en el Monasterio de Santa María de la Rábida la sencilla e imponente ceremonia que consagra el homenaje de la República de Chile al genio de Colón y sus compañeros en la epopeya del descubrimiento de América; hemos asistido a esas emocionantes manifestaciones de los pueblos de Palos y Moguer, donde una multitud delirante de entusiasmo nos ha llevado a los templos en que Colón oró antes de partir hacia lo desconocido y adonde llegó después a cumplir los votos contraídos durante la navegación; hemos sentido las vibraciones del alma popular, que conserva sana y fuerte la tradición colombina, y hoy nos encontramos en medio de vosotros, rodeados de afectos cariñosos que el señor Siurot ha expresado con tan brillante elocuencia y que dejan en nuestra alma inolvidables recuerdos.

Permitidme que, dejando hablar al corazón, os diga lo que pensaba y lo que pienso de España y que lo haga sin cuidar la frase ni medir el concepto, y sin atender siquiera a si mis palabras son o no gratas a vuestro espíritu español.

Mirada desde lejos, España representa, como lo ha dicho uno de vuestros escritores, la tradición romántica y cabalresca de una época que muere. Es el Cid Campeador, hidalgo y valiente; es don Juan, galante, pendenciero y jugador; es la reja de amores en Sevilla; es Carmen y el toreador, las canciones de Trueba y los tiernos amantes de Teruel. Es ese loco sublime, desfacedor de entuertos, en eterna contradicción entre las realidades de la vida y los nobles idealismos que le quitan el seso; es, en fin, esa gesta de hombres, caballeros del Santo Graal y aventureros de la gloria y la fortuna, que se lanzan en hazañas homéricas a la más grande de las epopeyas que el mundo conoce: el descubrimiento y conquista de un nuevo continente.

Es todo esto, mezcla de romanticismo y de esfuerzos prácticos, lo que a mis ojos formaba este pueblo de caballeros del ideal con la fantasía en el cerebro y la fe en el corazón.

Así comprenderéis el sentimiento que me domina, la impresión que experimento al encontrarme en este país, en qué la concepción social, la lengua, la religión, las costumbres, el carácter, es decir, todo lo que

une y estrecha, todo lo que significa amor y armonía, hace palpar en mi alma, intensa y vibrante, la emoción de la raza.

Para los que visitan y estudian esta tierra privilegiada, llena de recuerdos de vieja grandeza; para los que conocen sus corporaciones científicas y literarias, sus establecimientos educacionales y de beneficencia, sus industrias y sus fábricas, España es la nación culta y hospitalaria, que mantiene en alto el prestigio de la intelectualidad latina, y que penetrada de los graves problemas de la hora presente, busca en la producción y en el trabajo los elementos constitutivos de la prosperidad nacional.

Es a esta España de hoy, a esta España de esfuerzos y de trabajo, a la que yo quisiera dirigirme para hacer más estrechos y prácticos los lazos que la unen a mi patria.

Ha pasado la época de las palabras efusivas, pero efímeras; el mundo reclama una política de previsión y de realizaciones nacida de una alta concepción de los intereses morales y económicos, y de su conciliación en la amistosa interdependencia impuesta a las naciones por razón de su seguridad y su desarrollo. Ella impone a los pueblos de Europa la necesidad, no sólo de atender a la disciplina nacional y social que su desenvolvimiento exige, sino, además, de estrechar sus relaciones intelectuales y económicas con América, crear líneas de navegación que permitan un intercambio de recíproca utilidad y buscar la solución de los problemas internos en la expansión comercial y en la solidaridad universal.

El genio de Colón llevó al Nuevo Mundo la civilización europea, señalando un campo a la actividad de sus hijos más esforzados para constituir esa raza neo-latina llena de enérgicas iniciativas; y hoy la América Continental vuelve a Europa a pagar su deuda y a fundar sobre hechos prácticos la solidaridad de los hombres y de los pueblos en la lucha por el progreso cultural y por el bienestar de la humanidad.

Allí están de Norte a Sur, y sin enumerarlos todos, el Brasil, con sus inmensas riquezas de la zona tórrida y templada, capaces de abastecer a la Europa entera; el Uruguay y la Argentina, de poderosa producción agrícola y ganadera; Chile, con sus variados e inagotables mi-

nerales, con sus nitratos llamados a fecundar los campos agotados de la Europa y resolver el problema de la vida cara, que es el problema obrero, el problema social, el punto obscuro que hoy se presenta en el porvenir de las naciones civilizadas.

Allí están todos los países ibero-americanos, todavía despoblados e inexplorados, con sus leyes liberales, sus impuestos moderados e igualitarios y sus puertas abiertas a la emigración sana y al capital creador de nuevas industrias.

Y aquí en España tenemos a Huelva, puerta del mar y custodia de la tierra, con sus grandes riquezas mineras, llamada a ser, por su situación geográfica y por las condiciones naturales de su puerto, la base del comercio con la América Latina y el centro distribuidor de los nitratos chilenos en todos los países del Mediterráneo hasta el mar Negro. Abrigo la confianza de que la energía tradicional de los hijos de esta región habrá de aunar las voluntades en un esfuerzo común para hacer de Huelva la cabeza del puente que una el comercio de España con Sud-América. De aquí salió la expedición colombina al descubrimiento y a la conquista de un nuevo mundo; y aquí debieran llegar la producción y la riqueza americanas a fertilizar vuestros suelos y a contribuir a la prosperidad de la Madre Patria.

El señor Siurot en su elocuente discurso ha hecho una simpática alusión a las declaraciones que S. M. el Rey hizo en la audiencia que se dignó concederme. Permitidme confirmarlas con entera claridad y con la más viva complacencia. El Rey Alfonso me permitió expresar los grandes intereses políticos y económicos que aconsejaban, en estos momentos en que el mundo parece vacilar sobre sus cimientos sociales, la unión comercial de España y Chile y la conveniencia de que en el Mediterráneo existiera un puerto distribuidor de los nitratos fertilizantes de la agricultura. S. M. tiene un alto concepto de su misión de gobernante y extraordinaria competencia en los negocios de interés público, unida a la más clara visión del porvenir, y se dignó expresar no sólo su interés por estas ideas, sino que se había anticipado a ellas esforzándose para hacer más prácticas y estrechas las relaciones hispano-americanas; y refiriéndose al establecimiento de un centro distribuidor de nitratos, agregó estas palabras: «Le tengo el puerto, el mejor



La Misión chilena visita las escuelas de Siurot.

de todos, y ese puerto es Huelva.» (Delirantes ovaciones. La concurrencia, puesta de pie, aclama al Rey, al orador, a España y a Chile.)

Y aquí estoy, señores, a deciros que toca a vosotros realizar estos propósitos, que ellos encontrarán en mi país la más entusiasta acogida y que ellos contarán en España con todo el apoyo de nuestro distinguido Representante, el Excelentísimo señor Fernández Blanco. (Aplausos y vivas al Ministro de Chile.)

Señores, breve será mi permanencia en este hermoso país; miro con pesar el momento ya cercano de la partida y llevo el alma llena de recuerdos vividos con intensidad y conservados con afecto. Salgo de aquí con la convicción de que hemos puesto la primera piedra de una obra grande y duradera y que en la amistad de España y Chile hay, desde hoy, algo más intenso, más fuerte, más perdurable para anudar lazos que nunca se han cortado.

En nombre de estos sentimientos de fraternidad hispano-americana, que son los del pueblo y Gobierno de Chile, levanto mi copa por la grandeza de España, por su egregio Monarca, llamado con justicia el primer caballero de la raza, y por los dignos estadistas que lo acompañan en su gobierno. Señores, por la prosperidad de Huelva y por que ella, que fué en el pasado la cuna de un mundo nuevo, sea en el futuro la base de la unión moral, política y económica de la noble raza que puebla la España y la América española.

En las Escuelas de Siurof.

Hay en Huelva un hombre de alma muy grande, que se llama Manuel Siurof. Abogado distinguido, de brillante bufete, con halagadoras expectativas en la política del país, abandona sus actividades para dedicarse a la educación de los niños pobres. Hombre de clarísimo talento y de ilimitado amor por la niñez, ha creado métodos pedagógicos que le permiten modelar el alma de los niños, dándoles un temple que sólo imprimen el ejercicio de las bondades y abnegaciones de un apóstol.

Este hombre me ha hecho sentir por primera vez con la intensidad de las grandes emociones, la sublimidad del magisterio, cuando se hace de él un sacerdocio. He vacilado al dar el título a este capítulo; cualquiera que tomara caía siempre en la misma idea: es que no se puede hablar de Siurot sin sus escuelas, sin sus niños, y no se puede decir nada de aquéllas sin que Siurot salte con ellas. Siurot es el corazón que impulsa la circulación nutritiva e iluminadora de cerebros en las agrupaciones de muchachos; es el apóstol de una fe social, que, desde su modesto rincón, ilumina o ha de iluminar a la España toda y más allá de sus fronteras. Son sus métodos de enseñanzas, los calores de bondad de su alma que calientan y estimulan los espíritus, muchas veces entumecidos, de los pequeños desamparados, lo que me hace decir así, lo que me hace admirar a este hombre que tan claramente sabe mostrar el valor de los nuevos rumbos de su enseñanza en el porvenir de la sociedad. No toco la base de doctrinas que va unida a la educación que da; quiero independizarlas en razón del respeto mismo que ellas merecen; las discusiones no deben rozarlas ni engendrar erróneas apreciaciones de la verdad pedagógica.

Siurot formó primero una escuela para pequeños; hoy son dos grupos escolares con cerca de mil niños. Pensando en seguida en el grave problema del profesorado nacional y en el de los continuadores de su obra, fué indispensable crear el Internado de estudiantes pobres del Magisterio, y Siurot se lanza a la empresa con los mismos recursos con que había realizado toda su obra: con su firme voluntad y su fe cristiana. Y todo se hizo y todo estaba concluído en los momentos en que la Misión chilena llegaba a conocer los prodigios de actividad apostólica del artista elocuente de la noche anterior.

Hicimos una visita de inspección a las distintas Secciones de la casa. Espejo de limpieza y de orden nos pareció todo. Alicatados de colores alegres, azulejos de dibujo andaluz derraman por todas partes frescura y limpieza. Todo esto era hermoso, cómodo e higiénico.

Pero llegamos a la parte importante. Debíamos observar a los niños en sus aprendizajes y asistir a las lecciones que deseáramos. Los patios y las terrazas de la casa, de pulido y brillante cemento, estaban llenos de muchachos, que, encerrados en pequeños cuadros marcados en el

pavimento, sentados en el suelo, con un trozo de tiza en la mano, se entretenían, con una cara de alegría manifiesta, en imitar letras y palabras que un maestro marcaba en la pizarra. Otra terraza y otra sala en condiciones semejantes. Se nos explicó el método de enseñanza de la escritura, de la historia, de la geografía. No pude notar preparación para deslumbrarnos y fuimos deslumbrados. Se hacía la vida normal en esta escuela sin libros, sin pupitres, sin clases rígidas y silenciosas, sin maestros graves y regañones. Como estas impresiones de viaje, no sólo han de ofrendarse en acto de reconocimiento, sino que han de ser leídas a muchos kilómetros de España, quiero que sea el mismo Siurot el que hable de sus métodos y nos repita algunas de aquellas mismas lecciones que nunca olvidaré haber presenciado.

Los libros.

No existen los libros en mis clases, más que para leer o para alguna que otra indispensable atención de la memoria. Según esto, alguien ha pensado que sustituyendo el maestro al libro, y no pudiendo los niños aprender las lecciones en una sola explicación, tendrá el pedagogo que repetir muchas veces la materia, agotando sus fuerzas, su gusto y su paciencia.

Efectivamente: si los términos del problema fueran los anteriores y nada más, tendría mucha razón quien tal dijera; pero como existen datos distintos complementarios de esa teoría de la supresión del libro en primera enseñanza, puedo dar las gracias a la persona que hace el cargo por la recta intención científica que la mueve, y me quedo completamente tranquilo, porque la doctrina se mantiene en toda su integridad en la teoría, y produce en la práctica frutos de bendición.

El dato nuevo es el siguiente: el repaso no lo hace el maestro, lo realizan los niños; el maestro no hace más que presenciarlo y guiarlo.

¿Cómo se repasa en mi clase? Jugando y discutiendo. Hoy me ocuparé del juego, más adelante hablaré de la discusión.

El niño es el ser que más juega y que más discute. Todo lo convierte en juego, todo lo hace discusión. El maestro es un hombre que

debe vivir muy alerta sobre los gustos, costumbres, recreos y pasiones de sus discípulos, para convertir todo eso en materia aprovechable al fin propuesto. La enseñanza es una pelea formidable entre el maestro y el niño. Si el maestro no se vale de las propias armas del adversario, puede dar por perdida la batalla. Hay que pescar al niño en sus mismas redes; hay que pelear, no en el terreno donde nosotros queremos, sino donde él quiere. Ya que resulta imposible que un niño sea como un hombre, hagamos nosotros lo posible por que un hombre, el maestro, sea como un niño.

Yo he observado que mis chiquillos se despepitan por jugar al *sal-tado*, que otros también llaman *piola*, y en consecuencia he decidido aprovechar ese juego para repasar. Los resultados que he obtenido son tan admirables que quisiera que hasta los maestros que están del otro lado se aprovecharan de ellos.

Explico, por ejemplo, Francia. Pintamos el mapa mudo de Francia en la pared, en el suelo, en el encerado, o en donde sea... He hablado de grandes ciudades señalándolas, determinando sus caracteres, producciones, monumentos, o cualquier rasgo que le dé un poco de personalidad. Descompongo el trabajo por todas partes para evitar la confusión. Obligo a los muchachos a presentarme sus colecciones de sellos... Son éstas unos cuádernitos, pobres, pobrísimos, donde los niños han pegado, con una constancia grande, todos los sellos que han podido reunir... Este lo cambió él con Fulano; aquél que se lo dí yo como premio; el de más allá lo compró junto con otros por una perra chica...

Les mando abrir a todos sus cuadernos por Francia para que relacionen la nación y el sello. Hay sellos de Napoleón III, de Alsacia, de la República. Los niños deben poner frente a frente sus ejemplares y el mapa. Sellos de colonias francesas: Guadalupe; aquí está Guadalupe. Sellos del Sudán francés: aquí está el Sudán, etc., etc., etc.

Concluyo todo lo que tenga que explicar de Francia: que si la riqueza de su suelo, que si la colocación admirable de sus cordilleras, que si la producción vinícola, que si el genio francés, que si Carlo Magno, San Luis, Napoleón, Pasteur, etc., etc.

Cuando con carácter elemental he clavado en la mente del niño el nombre de una ciudad o la significación de un gran hombre francés

con el clavo insustituible de una anécdota o de un dato admirativo y todo esto se ha hecho sobre el mapa, y he llegado a la convicción de que los alumnos tienen la percepción clara de la materia explicada, les dejo descansar y reposar, y al día siguiente o después viene el repaso.

Vamos a repasar jugando al *saltado*.

Yo les digo: Habéis de saltar todos. Antes de saltar cada uno, me ha de decir cualquiera de estas cosas: el nombre de una ciudad francesa o de un río, o cordillera, o límite, o industria, o monumento. Ha de decirlo gritando, con objeto de que lo oigan todos los que están en fila para saltar. Cuando uno se equivoque, porque diga algo que no sea francés o repita alguna cosa dicha ya por otro, prueba de que no atiende, se *quedará* y seguirán los demás saltando sobre él en la continuación del juego.

Si yo dijera a mis lectores que el repaso resulta una preciosidad, que los chiquillos saltan encantados, que prestan todos una gran atención, que están interesadísimos en que alguien se equivoque para aliviar al quedado, y que cada uno hace de su parte lo indecible para no quedarse; si yo les contara lo movido del cuadro, la alegría espiritual reinante, el espectáculo del maestro hecho chiquillo, jugando con los discípulos, y el ambiente, mitad juego, mitad ciencia, que se respira; si yo contara todas estas cosas a los lectores, creerían que había algo de exageraciones, o que el encariñamiento con las propias ideas me hacía ver realidades donde sólo existen ilusiones.

¡Ah! Gracias a Dios, es todo esto que digo una realidad preciosa, que tiene, si me queréis permitir que lo diga, perfumes de regeneración patria.

Claro que, para repasar jugando, puede el maestro acoplar a la materia repasable el juego que estime más oportuno. Yo hago uso, además del saltado, del toro, de la rueda, del rompi, etc.

—*Don Manué, dice este niño que vamo a jugá a la jometría.*

—*Pero, hombre; ¿se dice jometría?*

—*Es verdá, no zeñó, geometría.*

—*Nada más que por eso, no hay juego, lo dicho, no hay juego. ¡Jometría... jometría!... ¡Valiente!...*

—*Como que este chiquillo es más tonto...*—Esto lo dice un caballero rubio, de nueve años, más listo que Cadorna, y cuya cuchara es la primera que entra siempre en el plato común de las conversaciones.

—*¡Tonto!... ¡Tonto tú! Más vale que te limpies las narices...*

El caballero rubio levanta el brazo derecho a la altura de la nariz, y en el sitio donde tienen la graduación los militares, ¡zas! el refregonazo...

Le mando lavarse y luego, como a pesar de todos los pesares, me han hecho gracia el gesto del chico y el aire picaresco de su personalidad insignificante, se me quita el mal gusto que me dejara el de la *jometría*, y digo: —Ea, señores, vamos a jugar.

Con palmas, muchísimo contento, saltos y piruetas; acogen los muchachos las palabras mías. Es mucha la primavera que tienen en la sangre. Buen disparate fuera enseñarles de otro modo. No sé si lo he dicho en otra ocasión; si lo dije, lo repetiré aquí: el juego es el superfosfato con que se abonan las cosechas de la enseñanza.

—*Vamos a jugar a la Historia, Don Manué.*

—*Pues a la Historia.*

—*Yo soy Aníbal*—dice uno.

—*Y yo Scipión*—dice otro.

—*Yo soy romano. Yo cartaginés, y yo soy celtíbero.*

Al empezar el juego cada uno es lo que le da la gana. Cuando pasen unos minutos cada uno será lo que me dé la gana a mí.

Sobre un contorno grande de España pintado en el suelo con tiza, o sobre Italia, o sobre el Norte de África, entran, salen, hablan y pelean, deslizándose así, insensiblemente, por entre la algazara tumultuosa de los juegos infantiles, lo que el maestro quiere repasar.

Me vais a permitir que con un diálogo de dos palabras os haga el gráfico más perfecto del estado espiritual de los niños que van a las escuelas donde no se enseña así, o de un modo parecido.

—*Vamos a ver, ¿qué haces tú aquí en la escuela, muchacho?*

—*¿Yo...? po... esperá que se salga.*

Y si el niño no hace más que esperar que se salga, ¿qué aguardan esos maestros, Dios mío, para entrar de una vez por las vías lúminosas y saludables del sentido común?

Escritura.

Escribir es una de las cosas más difíciles que puede un hombre acometer. Escribir es dibujar, pero el dibujo que resulta de la escritura es peculiar de ella, y además tan característico de la persona, que cada una tiene su propia escritura o letra.

Es este de escribir un arte que sólo porque lo aprendimos de niño y porque lo repetimos tanto todos los días, es por lo que nos parece fácil y corriente; pero repito que son pocas las actividades del hombre de más complicada factura que esta de que me ocupo.

Yo tengo en mis escuelas resueltas casi todas las dificultades inherentes al aprendizaje de la escritura. ¿Cómo se ha corregido esto? Vamos a verlo.

Acordándome perfectamente de las fatigas que pasé cuando niño, con los *palotes* y *perfiles*, decidí enseñar la escritura saliéndome del carril y echándome por unos caminos completamente distintos de aquellos por los que me llevaron a mí en los felices tiempos de mi niñez primera.

Había que verme, con mis cinco años, con mi pluma de primera, mi papel de Iturzaeta con rayas oblicuas, haciendo unos *palotes* estupendos, con la mano izquierda sujetando el papel, en la derecha cogido el palillero y la muñeca dura e inflexible como barra de hierro, procurando que la pluma no pinchara, que el papel no se moviera, que la tinta no emborronase, y mientras tanto preocupadísimo del dibujo de los *perfiles*, y por añadidura sudando la gota gorda, pues con tantas dificultades juntas, mi agarrotamiento se resolvía siempre en mocos y en sudor. Un encanto.

Ahora, acordándome de mis apuros infantiles, puesto ya en funciones de maestro, he ido pensando siempre lo contrario de aquel sistema que emplearon conmigo, y he ido suprimiendo una a una todas las dificultades para encontrar una fórmula sencilla que resuelva burla burlando el problema.

Los niños aprenden a escribir en mis escuelas en el suelo, que está

preparado para eso. Es de cemento, y limpiísimo, y además la loseta rayada de tal modo que cada una está dividida en cuatro pedazos en forma parecida a onzas de chocolate. El chico está en el suelo encantado. Es su gusto. ¿Por qué no hemos de aprovechar su gusto? El maestro escribe en las pizarras del patio las letras, y el muchacho solo, sin que nadie le moleste, ni grite ni asuste, juega a dibujar lo que el maestro pintó.

¿Con qué pinta en el suelo? Con tiza.

¿Escribe palotes y perfiles? No. Empieza directamente con las letras.

¿Cómo las hace al principio? Muy mal; pero como está a gusto y se fija extraordinariamente, concluye por hacerlas muy bien y muy pronto.

Explicación del caso. El papel es el suelo, que no se mueve. La tinta y la pluma son la tiza, que no emborriona ni pincha. No tiene, pues, que preocuparse el alumno más que de la forma de la letra, la cual aprende bien pronto. Luego se le pasa a papel con un lápiz, e inmediatamente a escribir con pluma.

¿Qué se ha hecho en realidad? Pues resolver unas tras otras las dificultades y no ponerlas todas juntas.

Además, han actuado dos principios fecundísimos. Uno ya está dicho: el gusto del niño. El suelo es para los niños como el agua es para los peces: el medio. En el suelo juegan, en el suelo descansan, en el suelo hacen todas las diabluras y cosas angelicales que en conjunción contradictoria se dan en ellos. Sólo con que los pongamos en el suelo ya tenemos adelantado más de la mitad del camino.

El otro principio que concurre es la libertad. Una libertad vigilada es el gran secreto. Como la libertad es de derecho natural, y es tan precisa que sin ella no podemos ni salvarnos ni condenarnos, porque no siendo libres no tenemos responsabilidad, resulta que cuando estamos en un ambiente donde la libertad racional nos acaricia, todas las facultades nuestras se alegran y entran en producción tranquila y fecunda. La libertad, pues, es una fuente de producción admirable.

Claro que libertad de potro suelto, no. Libertad vigilada, libertad inspeccionada de cierto modo por el maestro, libertad en que el niño

se divierte con su tiza en la mano y a gusto, y en la que el maestro, sin oprimir, reñir ni coaccionar en modo alguno al muchacho, está siempre dispuesto, así como al descuido, a ayudar al pequeño en todo lo que pueda hacerle falta.

Es verdaderamente notable lo que ocurre en esta clase de escritura. No hablan (que es casi un imposible metafísico), no se distraen, están clavados en su tarea y hay veces en que escriben en el patio cien muchachos y, sin que el maestro imponga el silencio, no se oye una mosca. Da gusto.

Y esto que cuento no son teorías bonitas, ni bellas elucubraciones de imaginación, sino que son experiencias realizadas en la práctica de la escuela, años y años, y cuyos beneficiosos resultados están tan a la vista que resultaría completamente necio no dar al asunto la importancia verdadera que tiene.

Ya sé que pueden decirme que en los países fríos no van a poner a los niños en el cemento del suelo. En primer lugar, que el cemento no es tan frío como otros materiales de construcción (azulejo, ladrillo, hierro, etc.), y después, que donde no sea posible el cemento, los suelos de madera resolverán el asunto a plena satisfacción.

Ha habido caso en que un niño aprendió a escribir perfectamente una plana en poco más de un mes.

A mí esta clase de escritura al aire libre, al sol, sin amonestaciones magistrales, con libre ejercicio del muchacho, con afición cierta, demostrada en que nadie levanta la vista de su trabajo, y con los frutos que sensiblemente produce, me entusiasma tanto, que cuando estoy un poco desazonado de los disgustos que trae consigo la labor en donde Dios ha querido que modestamente le sirvamos, estoy cinco minutos con los chiquitines de la escritura y me entra otra vez el equilibrio sin el que es completamente imposible dar un solo paso en el interior de la escuela.

Lección de Historia.

Estoy en clase y doy a los chicos de mi grado una lección de Historia sobre los elementos de civilización que nos han dejado los distintos pueblos que vinieron a España antes de la Era Cristiana. La lección la enfoco del modo siguiente:

—Nosotros, mis simpáticos discípulos, no vamos a averiguar ni a discutir quiénes fueron los primeros pobladores de España. Eso corresponde a la alta crítica.

Partimos del supuesto que admite la enseñanza elemental esta materia, y sentamos, desde luego, que en los diez siglos anteriores a los fenicios hubo una raza celtibérica, blanca, ganadera, algo cultivadora del campo, pobladora de España y primeros abuelos nuestros.

Allá por el siglo X antes de Jesucristo llegaron a nuestras playas andaluzas unos hombres muy feos, ni blancos ni amarillos, es decir, oscuros de piel, antipáticos y de una raza distinta de la de nuestros abuelos. Los fenicios.

Estos hombres eran muy sabios; pero eran muy embusteros.

Vió un día uno de aquellos fenicios a una abuela nuestra, blanca y guapísima, y dijo: «¡Valiente mujer!» Y empezó a pretenderla, y, por fin, se declaró a ella, porque ya sabía algo el idioma de los españoles, y nuestra abuela le dió unas calabazas estrepitosas.

(Los niños ríen y están encantados. La atención ha llegado al máximo.)

El fenicio fué entonces y empezó a regalarle cositas, a ver si la podía enamorar. Le regaló un cantarito con aceite, un cestillo de pescados y carne salados, unas monedas, un libro donde se enseñaban los cuentos... y... nada. ¡Calabazas!

Fué entonces el fenicio y a un hermano de su pretendida le enseñó a navegar y a sacar los minerales de las minas; y creyendo que todo se iba a arreglar, le presentó un día a nuestra abuela un preciosísimo traje de púrpura que él había hecho y teñido.

La abuela se aprovechó de todas estas cosas; pero no se enamoró

de aquel tío feo, y fué y le dijo que la dejara tranquila, que ella no le podía querer porque era de otra raza.

Y esto hicieron todas nuestras abuelas con todos los fenicios que se arrimaron a ellas.

Vamos a ver:

—¿Sabe alguno de ustedes a quién representan esas abuelas nuestras?

—¡Sí, señor!—dice uno—. Esas abuelas son España.

—¡Muy bien!

Y esos regalitos que le hizo el fenicio son los principales elementos de civilización que nos dejaron aquellos hombres.

Ahora veamos si Ponce me contesta:

—¿Tú tienes sangre fenicia?

—¡No, señor, don Manuel!

—Oye, ¿y por qué?

—Pues porque las abuelas no quisieron casarse con ellos...

Pues, señor, que un día del siglo VII antes de Jesucristo, empezaron a desembarcar en Levante unos hombres blancos que venían de las islas de Grecia. Eran fuertes, guapos, elegantes. Eran los griegos.

Cuando estuvieron aquí algún tiempo y ya hablaban alguna cosita de lo nuestro, y nosotros alguna cosita de lo suyo, uno de ellos vió a una abuela nuestra preciosísima, y le gustó mucho.

Va y ¿qué hace? Pues le da una serenata con una lira. A nuestra abuela le gustó aquello muchísimo.

Luego se hicieron amigos, y el griego le hizo un retrato, después una estatua de mármol muy bonita y unos versos que eran un encanto.

La abuela estaba deseando que le dijera él algo, y va él y se lo dijo... y se casaron; y cuando ya estaban casados, le hizo un palacio. Tuvieron la mar de chiquillos.

Que me diga Castaños qué quiere decir esto.

—Pues mire usted, don Manuel, eso quiere decir que los griegos dejaron aquí las artes.

—Exacto; porque la serenata quiere decir música, el retrato pintura, la estatua escultura, los versos poesía y el palacio arquitectura.

—Vamos a ver, tú mismo, Castaños: ¿Tendrás tú sangre griega?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Porque nuestras abuelas se casaron con los griegos.

—¡Perfectamente!

Vamos con otro pueblo.

Vinieron los cartagineses en el siglo V antes de Jesucristo. Eran fenicios criados en África. Nuestras abuelas les dieron las mismas calabazas. La diferencia entre unos y otros está en que los fenicios se valían de la dulzura y el engaño para vendernos sus mercancías, y a los cartagineses se les puede representar con mercancías que vender en una mano, y en la otra una espada para imponer la venta. ¡Muy antipáticos, y, gracias a Dios, no tenemos ni gota de sangre de ellos!

Y corría el siglo III antes de la Era Cristiana, cuando vinieron aquí los romanos. Blancos, fuertes, ágiles y buenos mozos; fueron repugnantes al principio a las abuelas celtibéricas, porque aunque traían en una mano mucha cultura y civilización, en la otra lucían una espada para imponerla, y en eso de las imposiciones fueron siempre los españoles muy duros de pelar.

Las abuelas les dieron al principio calabazas; pero cuando se convencieron de que las espadas puestas al servicio del progreso no son malas, sino muy buenas, consintieron la amistad de estos hombres y se casaron con ellos, en tal número, que llegaron a formar un solo pueblo: el hispano-romano. No tenía más remedio que suceder así, porque estos hombres sabían conquistar los corazones. Vestían con brillantez y elegancia, jugaban en el circo como nadie, peleaban como ellos solos, y, aunque eran dominadores, las leyes que ellos imponían en España eran buenas. Municipios, colonias, caminos, puentes, aguas, baños, artes, circos, iban dejando por todas partes. Nuestras abuelas, que al principio les rechazaron, llegaron a quererlos de veras. Todos nosotros tenemos una cantidad enorme de sangre romana.

Con la lengua que estos hombres trajeron a España se formó más tarde más de la mitad del idioma castellano, y en aquella lengua, que era el latín, nos enseñaron en el siglo I de la Era Cristiana las primeras lecciones del Evangelio de Jesucristo.

Y fué, mis queridos alumnos, tan grande la fusión del alma de España con el alma romana, que nosotros nos unimos con ellos más que los otros pueblos que hoy forman la raza latina, más que Francia, más que Grecia, más que Rumania, y os vais a asombrar cuando os diga que más que la misma Italia; porque si hubo parte de Italia en que la fusión con Roma fué superior a todo, en cambio en muchas otras regiones italianas el enlace con Roma fué inferior al tipo medio de la identificación hispano-romana.

En el siglo III de Jesucristo los españoles se quejaban en latín, pedaban la pava con las novias en latín, hacían sus contratos en latín y rezaban en latín. Eran latinos hasta la médula de los huesos.

Los chicos han oído estas explicaciones de Historia con tal atención e interés, que han conmovido al ilustre pedagogo de escuela liberal D. Celedonio Villa Tejederas, que ha estado presente en clase.

Para que los niños puedan digerir las ciencias de los hombres, hay que infantilizar éstas. ¿No se puede hacer eso? Pues son inútiles entonces todos los esfuerzos. ¿Aniñáis la ciencia? Los niños entrarán en ella sin fatiga, con una sonrisa en los labios y con una alegría en el corazón.

¡Bendito sea Dios, que ha puesto en el simple sentido común elementos para resolver hasta las más arduas cuestiones!

Con un poco de sentido común, una dosis adecuada de buena fe y un roción de la gracia de Dios, no hay problema humano que resista.

Blanqueadores.

Los niños han hecho un gráfico de la Reconquista Española y después de moverse en círculos representativos de León, Castilla, Navarra, Aragón, Cataluña, Portugal y los Arabes, se han ido mezclando en sencillas evoluciones hasta formar el gran círculo de la patria española.

Dios quería la unidad de España. Los hombres y la política estorbaban muchas veces, durante la Reconquista, los designios de Dios pero a fin y al cabo la unidad venció. No tenía más remedio que ser así

«Cada hombre es libre individualmente de hacer lo que le da la gana. Yo hago todos los días lo que quiero. En los días mandamos los hombres. En los siglos manda únicamente Dios. Por eso puede decirse que Dios es el timonel de los siglos. Cada siglo es como un gran barco. Todos los individuos que van dentro hacen libremente lo que quieren. En la dirección del barco sólo rige el timonel. El timonel de los siglos es Dios.

Dios tenía el designio de formar con España una patria sin igual, para hacer con ella cosas que las gentes nunca vieron ni soñaron; y la gran patria quedó virtualmente formada el año jubiloso de la Conquista de Granada. Y como si la Historia tuviera prisa, en aquel mismo año se lanza España a los mares, lucha con ellos, se hunde en el misterio tenebroso de lo desconocido, y en la madrugada del 12 de Octubre, día príncipe en la historia universal, los españoles, con los ojos aún adormilados, sorprenden la prodigiosa tierra, y completan la unidad geográfica del globo. No cabe duda, le digo a los niños, que hemos sido los españoles escultores de mundos.

Pero con ser tan grande el descubrimiento, aun es más grande y sublime la conquista y civilización de América. América pudo ser descubierta por cualquier pueblo navegante, que hubiera vivido el sacrificio inmenso que dura desde el 3 de Agosto al 12 de Octubre. En cambio no pudo ser colonizada ni civilizada como lo fué, más que por un solo pueblo de la tierra: por España.

Dios había preparado admirablemente esta herramienta española para su trabajo americano. La tuvo ocho siglos en la fragua de la Reconquista, acerada y endurecida, en la lucha inacabable con los moros. La tuvo ocho siglos en la fragua de la fe ardiendo (en sacrificios y generosidades), hasta convertirla en la austera y formidable raza creadora.

Para esto preparaba Dios esta gran patria, para realizar con ella un prodigio nunca visto en el mundo, que es el siguiente: las mujeres americanas, cobrizas, malolientes, de pelo ensortijado, frente estrecha, ojos torcidos y nariz ganchosa, eran feas y repugnantes. ¿Quién había de realizar el sacrificio de unirse a esas mujeres? Porque los griegos no se mezclaron con los pueblos inferiores, y los romanos, si se casaron con las galas y las españolas, fué sencillamente porque eran tan guapas o más guapas que las romanas mismas. De los imperios modernos ¿para

qué vamos a hablar? Que alcen el dedo los anglo-indios, los anglo-africanos, los anglo-americanos. ¿Dónde están? No existen. La gran nación inglesa, admirable en otros aspectos de la vida, en este punto tiene que callar.

Se me dirá que los anglo-americanos pueblan toda la zona templada de la América del Norte. Esos no son anglo-americanos, éstos son ingleses que viven allí desde hace siglos. Yo no me refiero a éstos; yo pido que se presenten los ingleses cruzados con indígenas... ¿dónde están?

Y los españoles... ¡Ah! los españoles que fueron a América se unían, no en uniones ilícitas, sino en lazos matrimoniales, con aquellas mujeres del continente nuevo. Sus hijos eran ya menos cobrizos y más blancos, los hijos de sus hijos se iban acercando al tipo hispano, hasta que al través de las generaciones, España ha podido presentar un mundo entero, que estaba deprimido por una anatomía inferior, levantado por ella a la superioridad de la raza española.

No existe una más alta pedagogía. Todas las naciones han mejorado material y moralmente sus colonias. España ha hecho más que nadie: ha metido su sangre en las toscas venas de razas inferiores, y a un mundo cobrizo lo ha hecho blanco...

Hijos míos: me vais a permitir que os diga que, además de escultores, hemos sido los españoles blanqueadores de mundos. O como dijo un amigo mío: la obra estupenda de España consiste en haberle agrandado el ángulo facial a todos los habitantes de medio planeta.

Grande es enseñar la cultura a los ignorantes, y remediar los males al prójimo; benemérita obra fué siempre llevar mejoras políticas y sociales a los pueblos dominados. En este concepto, la gran nación inglesa, competidora histórica de España en la colonización del mundo, ha realizado, por méritos y virtudes que le son característicos, una amplia y humanitaria labor que todos reconocen; pero hacer de una cara cobriza una cara blanca, de un mundo inferior un mundo hispano, no es obra que pueda realizarse si no se echa en el laboratorio de la vida un reactivo que sólo se produce cuando se han peleado ocho siglos seguidos por la Patria y por la Fe.

Y éste era el designio de Dios sobre nosotros: prepararnos para blanquear a América.

Como esta lección la he dado a los estudiantes del Magisterio y a los alumnos más sobresalientes del grado último, todos me la han entendido muy bien, y los chiquillos, entusiasmados, han gritado muchas veces: ¡Viva España! ¡Viva España!

Y yo les digo:—¿Sabéis cómo España vivirá?

—¿Cómo, don Manuel?

—¿Cómo? Pues teniendo muchos hijos que sepan sacrificarse por ella. Cuando un hombre sabe sacrificarse es invencible e inmortal.

Cada vez que un español, en el comercio, en la vida, en las artes, en la ciencia, en la fe, se sacrifica por los demás, se ensanchan los límites morales de la patria. Después de los ensanches morales vienen los otros...

Un estudiante que tiene mucho talento, pero que es perezoso y se levanta algo tarde, me dice:

—Don Manuel, yo quiero sacrificarme por España. ¿Qué hago?

—¿Quieres de veras sacrificarte por la patria, hijo mío?

—Sí, señor, con toda mi alma.

—Pues mira, oye bien lo que voy a decirte; es una cosa realmente grave la que te voy a pedir...

—¿Eh?...

—Lo que tienes que hacer para sacrificarte por España es levantarte un poquito más temprano...

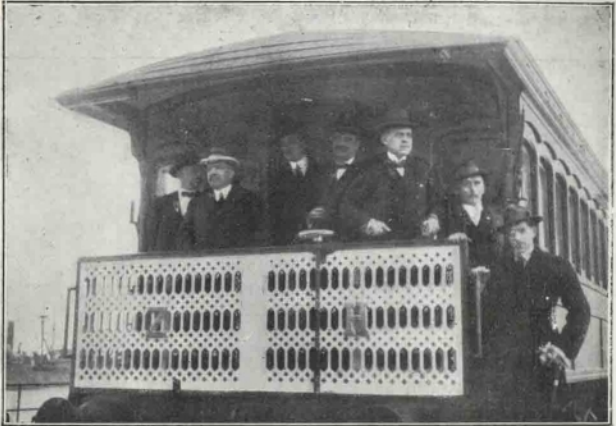
Los compañeros se ríen; pero el perezoso se preocupa y se sienta muy serio...

Yo pienso para mí: Esa seriedad puede ser síntoma de que le ha *prendido la vacuna*... Y si esto fuera así, habríamos ensanchado los límites morales de la patria... Me figuro que lo he conseguido, y entonces en el fondo de mi corazón grito sin que nadie me oiga: ¡Viva España!

Visita al Puerto.

La provincia de Huelva es una de las más ricas en materias primas minerales, que tienen su salida al extranjero por el puerto que visitába-

mos. Tanto la crisis general originada por la guerra europea, como el peligro de aniquilamiento de la región, dentro de plazo relativamente corto, con la puerta franca en la exportación de minerales materias primas, ha hecho trabajar al distinguido ingeniero, director de las obras del puerto, Sr. Montenegro, en el sentido que España debe pensar y



La Misión en el tren especial que la condujo para la visita a las obras del puerto de Huelva.

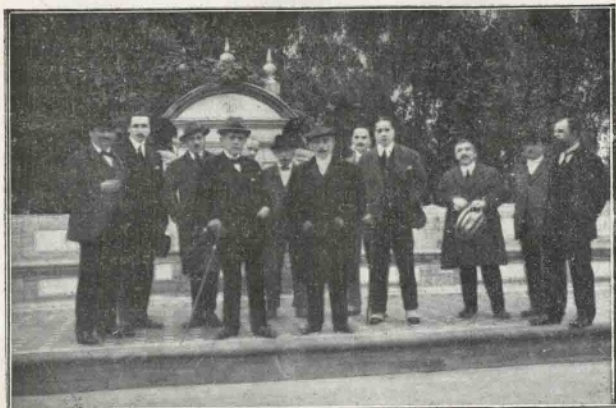
resolver el problema de la industrialización dentro del país de las materias que salen a alimentar industrias extranjeras. Este nuevo porvenir del puerto y de la provincia harán cada día más importante esta hermosa región de España.

Con el objeto de estimular la producción de la comarca y que encuentren cómoda salida las mercancías generales de la industria, Huelva tendrá dentro de poco un moderno muelle de fábrica, encontrándose ya casi terminados el dragado y el terraplén que exige su construcción, según el proyecto redactado en 1911, y que tuvimos ocasión de admirar.

Pudimos visitar las nuevas vías de ferrocarriles y carreteras que deben asegurar las comunicaciones.

En todas partes observamos una actividad considerable, que se comprende a medida que se abren camino las ideas económicas, que deben dar a Huelva un aumento de 150 millones de pesetas en su riqueza anual.

La provincia es excepcionalmente rica en minerales de cobre y piri-



La Misión es saludada por los ingenieros directores de las Obras del Puerto. Estaban presentes el jefe Sr. Montenegro, el segundo jefe Sr. Albelda y el ingeniero Sr. Esp:esati.

tas de hierro y piritas ferrocobrizas. La mayor parte de la industria del ácido sulfúrico de Europa y Estados Unidos tiene su base en las piritas españolas.

Industrialización de la riqueza mineral, fomento de la exportación de mercancías generales, que vendría naturalmente con la existencia de un puerto moderno, son las bases principales del proyecto Montenegro para hacer de Huelva uno de los puertos más importantes de España, y de la provincia una de las más ricas de la Península.

Y para conseguir estos objetivos se imponen la construcción del muelle de fábrica, completar las vías de servicio y terminación de los ferrocarriles en construcción.

Cómodamente instalados en un coche especial del ferrocarril del Puerto, recorrimos todas sus dependencias, siendo amablemente atendidos e informados por el propio ingeniero jefe, señor Montenegro:



En las hermosas avenidas que siguiendo las orillas del Odiel conducen a la Rábida, hay numerosos bancos de valiosos alicatados y azulejos que ostentan cada uno el escudo de las naciones de origen español. El banco de Chile había sido cubierto de flores.

por el segundo jefe, señor Albelda, y el ingeniero de vías, don Carlos Espresti. Hicimos un gran recorrido por la vía que sigue a lo largo del Odiel, y que, corriendo paralelamente a la hermosa avenida llamada Paseo Nuevo, ha de unir a Huelva con la Rábida y ha de dar vida a extensas zonas de importante objetivo industrial. En ellas pudimos conocer el espacio destinado a la instalación del depósito franco de los nitratos de Chile.

Con el plano a la vista, el ingeniero director nos explicó las excelentes condiciones que reúne aquel lugar para el depósito de nitratos

y de lanas, una vez que avance la ejecución de las obras definitivas.

El señor Yáñez y los demás miembros de la Misión tuvimos las naturales frases de elogio para el Puerto, que, además de sus espléndidas condiciones naturales, será dotado de obras de ingeniería de tanto aliento, y que son ya en parte realidad. Justicia fué la apreciación que hizo el señor Yáñez al decir al señor Montenegro que Huelva sería dentro de poco la cabeza de puente en Europa del tráfico entre Chile y España.

Despedida de la Misión.

En el rápido de las seis y treinta y cinco partió para Sevilla y Madrid la Misión chilena.

Lo mismo que a la llegada, en los andenes de la estación se había aglomerado numerosísimo público; esperaban las autoridades civiles y militares, personalidades caracterizadas de la provincia, damas de la sociedad y especialmente nuestras amigas y amigos queridísimos en nuestra corta amistad, y a quienes daríamos nuestro abrazo de despedida, escuchando las mejores sinceridades de sus afectos.

Dejamos a Huelva con profundo sentimiento. Los aplausos populares, las frases cariñosas de nuestros íntimos, los halagos del rigorismo oficial, no conseguían quitarnos la pena de nuestra partida. Sentimiento muy humano: aquellos amigos nuestros nos habían hecho vivir cuatro días entre cariños y bondades, sin que la amargura de la lucha rutinaria turbara la tranquilidad de nuestro ensueño, lleno de exquisiteces sentimentales.

Antes de partir el tren el Sr. Yáñez pronunció sentidas frases despidiéndose de la ciudad, diciendo que guardaría imborrable recuerdo de su hospitalidad, de su nobleza y de las infinitas pruebas de afecto de que había sido objeto la Misión chilena. Aludió a la significación histórica de Huelva, y terminó con vivas a España, al Rey y al Ejército.

—No quiero despedirme, añadió, diciendo «adiós», que significa

separación; sólo debo deciros hasta luego, porque vuestro recuerdo vivirá siempre conmigo.

El público contestó con un ¡viva Chile! y una imponente ovación.

La Banda Municipal ejecutó la Marcha Real y el Himno Nacional de Chile, presentando armas la compañía del regimiento Soria, que rendía honores, cuando el silbato de la locomotora decidió nuestra partida.

Hasta Sevilla la Misión tuvo la amable compañía del ilustre presidente de la Audiencia provincial, D. Fernando Tercero, acompañado de su hermosa hija Carmen, prodigándonos las mismas atenciones que en compañía de su familia fueron infinitas. Hija suya era la preciosa chiquitina que representó a la República de Chile en el desfile de las escuelas. Margarita Tercero y Josefinita Domínguez, la monísima España de la manifestación, no pueden dejar de figurar en lugar preferente entre los factores que consiguieron impresionar con más intensidad.

Ofrenda.

Como un homenaje de gratitud al pueblo que nos brindó hospitalidad, cariño y aplausos, que no impulsaron merecimientos, sino generosidades, queremos terminar el relato de nuestra jornada de triunfo grabando los nombres de dos hijos ilustres de Huelva: el de D. José Marchena Colombo, espíritu y obra del renacimiento colombino en nuestros días, y el de D. Manuel Siurot y Rodríguez, encarnación exquisita de apóstol y artista, el más perfecto exponente de los idealismos españoles.

Con ellos han de llegar nuestros sentimientos a tantas sobresalientes personalidades que nos brindaron su atención, a tantos amigos que difícilmente saldrán del santuario de nuestros afectos, a tantas gracias que dieron sus encantos a los homenajes prodigados. Pero antes de rendir nuestro tributo, séanos permitido descubrirnos en respetuoso gesto de admiración ante la venerable y muchas veces meritoria per-

sonalidad de D. Ricardo Velázquez, que, en compañía de D. José Luis Hernández Pinzón, ilustre descendiente de los Pinzones de la homérica epopeya que nos ha traído hasta la Rábida, ha contribuido poderosamente desde Madrid al éxito de la hermosa empresa que subrayará las fiestas colombinas onubenses de 1919.

Don José Marchena Colombo.

Nacido en Huelva, de muy joven obtuvo el grado de Licenciado en Filosofía y Letras (aun no había cumplido los diez y nueve años), revalidándose años más tarde en la Licenciatura de Derecho.

Como catedrático tiene una brillante hoja de servicios, habiendo pronunciado en diversas ocasiones el discurso de apertura de curso.

En sus veinticuatro años de ejercicio como abogado sus triunfos jurídicos en lo civil y sus notables defensas en lo criminal le han dado una reputación envidiable.

Orador elocuentísimo, se distinguió notablemente en las fiestas del Centenario y en su período preparativo; pronunciando hermosos discursos en gran número de veladas y certámenes y en los Juegos Florales, cuya presidencia ostentó.

Su esfera de acción se ha dejado sentir en todos los órdenes y en todos los problemas que han gravitado sobre la ciudad de su nacimiento.

Puesto al frente de la Junta de Defensa por todos los elementos que integraban la población, consiguió el triunfo en asunto de vital interés para Huelva.

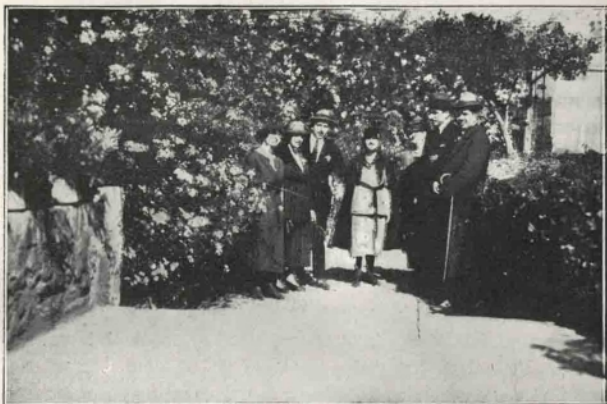
Ocupó largo tiempo el cargo de Presidente de la Academia de Música, habiendo sido elevado con posterioridad a la presidencia honoraria de la misma.

Perteneció a la Junta Local de Instrucción Pública, es tesorero del Colegio de Abogados, fué vocal de la Junta de Prisiones, de la Provincial de Instrucción Pública, en la actualidad se halla al frente de la

Sección de Mendicidad, es socio corresponsal de multitud de revistas y periódicos de España y América, así como también de muchos centros culturales, ocupando también el honroso cargo de Vicepresidente honorario de la Liga Cervantina Universal.

En la presidencia del Círculo Mercantil ha realizado una fecunda gestión que ha dejado huellas indelebles en aquella Sociedad.

Pero donde su labor se destaca con más vigor es al frente de la



En el bosque florido de las márgenes del Odiel

Colombina, que habiéndola recogido casi muerta y olvidada en días de triste recordación, consiguió darle el esplendor que hoy alcanza, celebrando fiestas como las anuales conmemorativas del Descubrimiento y la Asamblea de Sociedades y Corporaciones americanistas presididas por el Patriarca glorioso del Americanismo, Excmo. señor D. Rafael María de Labra: actos ellos de carácter nacional.

A sus singulares prestigios y autoridad entre sus paisanos se debe el caso único en España de haber incorporado al movimiento cultural y americanista que patrocina la benemérita Sociedad Colombina al

pueblo entero de Huelva, causando la admiración de cuantas ilustres personalidades han concurrido a los llamamientos de la patriótica Sociedad antes citada.

Sus entusiasmos y férrea voluntad han conseguido un lugar preeminente para la Colombina y por los claustros del histórico Monasterio de Santa María de la Rábida han desfilado las personalidades más ilustres del Mundo americano, entre las cuales merece mención especial el nunca bien llorado Caballero de la Raza José de Diego.

Recientemente el pueblo chileno, cuyo consulado en la provincia ostenta nuestro biografiado, por mediación de su Representante especial en las fiestas de 1919, D. Eliodoro Yáñez, dedicó una lápida en memoria de los descubridores, celebrándose con tal motivo inolvidables actos.

Periodista distinguido, ha colaborado en numerosos periódicos, realizando brillantes campañas de Prensa, y llevado por sus cariños al ideal hispano-americano, ha fundado con su peculio particular la revista *La Rábida*, que él mismo dirige, de matiz ibero-americano y estatuida en órgano de la Colombina, hallándose ya en el noveno año de su existencia.

Como americanista tomó parte en la Asamblea de Barcelona y en las reuniones del Comité ejecutivo, residencia lo en Madrid, pronunciando en la primera de dichas ciudades un brillante discurso que mereció los más generales elogios, por lo documentado y elocuente.

Ha sido Vicepresidente de la Diputación provincial de Huelva.

Se halla condecorado con la medalla de oro de la Cruz Roja, con la Cruz de tercera clase del Mérito Naval, y se encuentra en posesión de otros diplomas y medallas.

Recientemente ha sido nombrado por el Gobierno Delegado regio de Bellas Artes.

Su nombre va unido a toda obra de cultura, habiendo pronunciado notabilísimas conferencias y discursos en la mayoría de los Centros americanistas españoles, mereciendo singular mención la pronunciada en el Instituto general y técnico de Huelva, acerca de los «Cantos populares españoles», que ampliándola con cantares de los pueblos americanos piensa dar a la publicidad.

Don Manuel Siurot Rodríguez.

Un bosquejo aproximado de la personalidad de este pedagogo distinguido hemos hecho ya en las páginas anteriores.

Hablamos de su arte, de sus métodos, de sus niños, de su alma exquisita y sencilla. Réstanos sólo anotar algunos ligeros datos biográficos suyos.

Manuel Siurot Rodríguez nació en La Palma (Huelva). Tiene cuarenta y seis años. Su origen es humilde. Estudió hasta hacerse abogado, y después de ejercer la carrera diez años, hace cinco que la renunció en absoluto para dedicarse por completo a la enseñanza gratuita de niños pobres, en cuya vocación trabaja hace trece años. Tiene escritas varias obras: *Cada Maestrillo...*, *Cosas de Niños*, *La Romería del Rocío*, *Florales y Teresianos* y otras. Es autor de la revista *Cada Maestrillo...*

El sistema de enseñanza inventado por él se empieza a propagar por España por sus discípulos.

Los dos grandes grupos escolares con cerca de mil niños, y el Internado de estudiantes pobres del Magisterio, creado por él, son obras absolutamente gratuitas. Fué mantenedor de los Juegos Florales de Sevilla y fué en nombre de la Colombina a la República Argentina cuando el viaje de la Infanta Isabel a Buenos Aires.



R36130

R